

JOHN WAYNE  
LARAINÉ DAY

DIRECCION:  
*Richard Wallace*

R K O  
RADIO  
FILMS

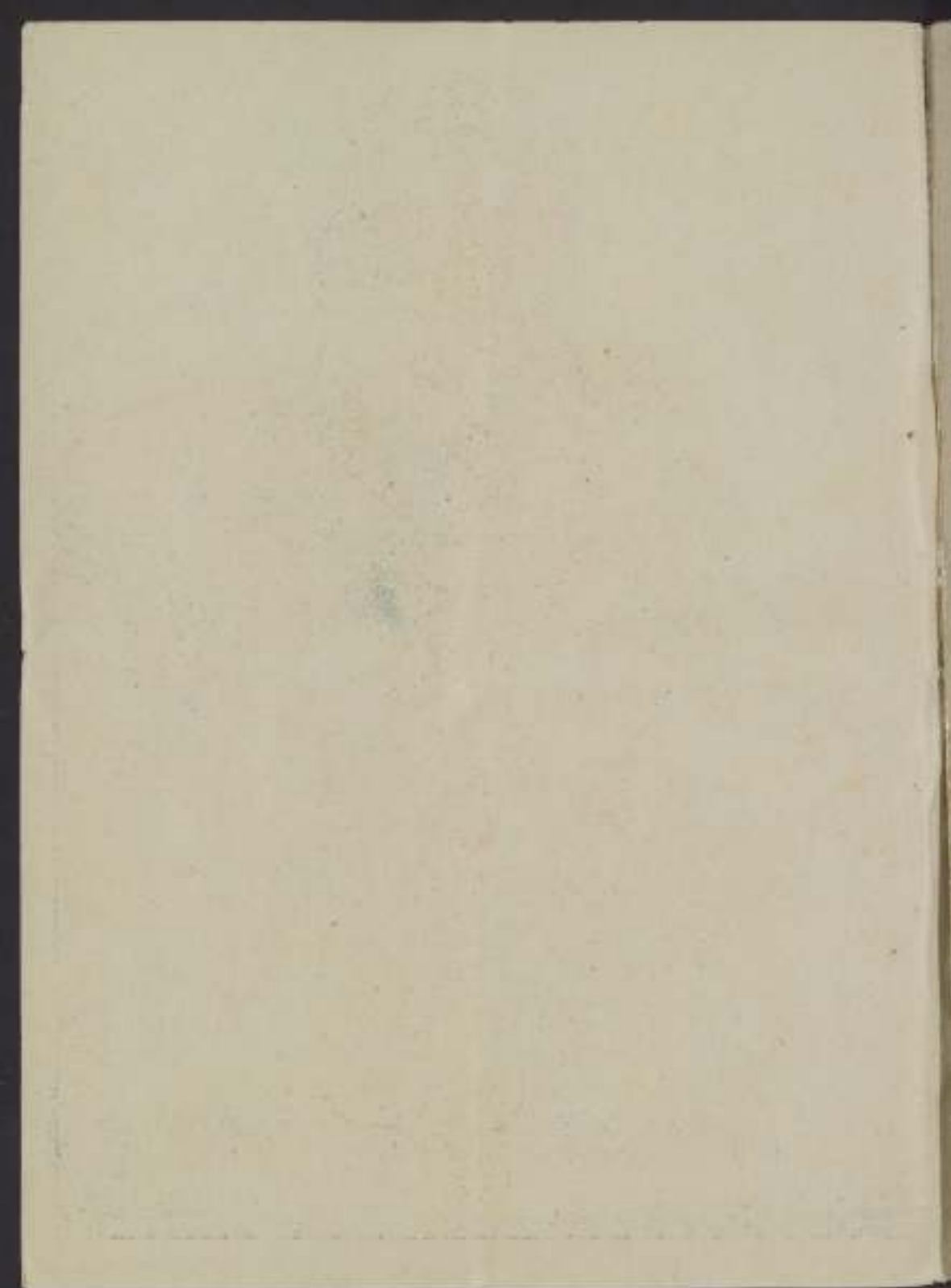


Editorial *ALAS*

EDICIONES  
BIBLIOTECA  
FILMS  
Serie especial



**"HOMBRES de PRESA"**





HOMBRES  
DE PRESA

---

---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

---

---

ARTES GRÁFICAS ESTILO  
Valencia, 134 - Teléfono 70657  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Avenida 707 " BARCELONA " Teléfono 70657  
Valencia, 234 " Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería  
Barbérí, 14, Barcelona - Teniers, 4, Madrid

EDITORIAL  
"ALAS"



AÑO XXV

SERIE ESPECIAL  
NUM. 132

NUM. 381

## HOMBRES DE PRESA

*Basada en la novela de C. E. Scoggins*

Un héroe moderno. Un hombre de audacia y tesón, que tiene ocasiones varias de demostrar su férreo carácter de luchador al enfrentarse con los serios problemas que la vida le plantea. De la satisfactoria resolución de uno de ellos, el más grave e importante, depende el prestigio de su carrera y su felicidad, la que no podrá hallar sino conquistando el cariño de la mujer amada.

Producción RADIO PICTURES (RKO)

Sucursales:

Madrid  
Bilbao  
Sevilla  
Valencia  
Las Palmas  
Palma de Mallorca  
La Coruña  
Portugal



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES

---

<i>Johnny Munroe</i>	<i>John Wayne</i>
<i>Maura Alexander</i>	<i>Laraine Day</i>
<i>Frederik Alexander</i>	<i>Sir Cedric Hardwicke</i>
<i>Sta. Braithwaite</i>	<i>Judith Anderson</i>
<i>Pop Mathews</i>	<i>James Gleason</i>

---

Director:  
Richard Wallace

---

---

Narración literaria por  
Roberto Flores



---

## UN HOMBRE FELIZ

Podría decirse que Johnny Munroe acredita con su sola presencia su procedencia yanqui: dinámico y emprendedor, con esa decisión las más de las veces impulsiva, propia de la juventud; y un afán sin límites de triunfar en empresas grandes y difíciles, arrollando todos los obstáculos que se interponen en su camino. A pesar de su aventajada estatura y su porte fornido, su rostro de hombre-chiquillo refleja una ingenuidad y un temperamento infantil, que contrastan con la inflexibilidad de un duro y tenaz carácter.

Desde que Johnny consiguiera su título de ingeniero de caminos, suman ya una bonita cifra los diques, túneles y puentes por él construidos. Avezado a una vida de duro trabajo, siempre dispuesto a cumplir con las penosas obligaciones que su ardua labor le impone, Johnny es feliz al lado de sus trabajadores, a quienes considera sus mejores amigos, y cuya seguridad personal le preocupa hasta el punto de arriesgar su propia vida para salvarlos de los peligros que su trabajo trae aparejados.

Sus siempre renovados contratos le obligan a trasladarse continuamente de un lugar a otro. Esta vez, una gran empresa sudamericana, explotadora de unas minas de estaño, ha reclamado sus servicios para abrir un grandioso túnel cerca de Tenango, por donde deberá pasar el ferrocarril, y Johnny se ha asociado a Pop Mathews, su antiguo compañero de estudios y trabajo, un

buen amigo a quien acudir y un buen socio en quien confiar para la gran empresa que han emprendido.

Abrir un túnel en el corazón de esa masa ingente de rocas que los dos socios contemplan en estos momentos, no es cosa de juego, y Johnny, siempre incansable, dirige los trabajos, que se suceden entre las continuas explosiones de los barrenos.

—¿Preparados?—grita Johnny.

—Estoy esperando que dé usted la orden.

—Pues, atención... ¡Fuego!

Segundos después de dada esta orden, parte de la roca vuela hecha pedazos; una densa polvareda enrarece la atmósfera y por unos momentos intenta atenuar la fuerte luminosidad que presta el sol a estas bellas tierras mejicanas.

Ahora es Pop Mathews quien da la orden de:

—¡Fuego!

Y otro barreno hace explosión, demoliendo las rocas.

La jornada de trabajo, dura y penosa, ha terminado; ya, y los trabajadores abandonan las obras cansados, pero sonrientes ante la promesa que les hiciera Johnny Munroe de que después del último barreno les invitaría a unas copas y podrían pasar unas horas de alegre diversión en Tenango.

Pop advierte una desacostumbrada alegría en los rostros de los hombres y pregunta a Joe, el mejor dinamitero del equipo:

—¿Adónde vais con tanta prisa?

—Munroe nos dijo que cuando cayera la última roca nos invitaría a una copa, y vamos a pasar este fin de semana a Tenango y a divertirnos en grande, porque cuando Munroe promete que vamos a divertirnos, tenemos juerga y alegría para rato.

—¡Alto, muchachos!—les detiene Pop—. Este fin de semana será mejor que no vayáis a Tenango.

—¿Por qué?

—Porque sé cómo las gastáis cuando vais dispuestos a divertirnos en grande. Armáis un alboroto mayúsculo por el pueblo y, ya sabéis que al señor Alexander le molesta que despertéis a todo el mundo con vuestros gritos.

—Es natural que después de una semana de trabajo nos alegremos un poco.



—Sí, sí; pero precisamente esta semana he de ir a pedirle algo muy importante para las obras del túnel, y no quisiera encontrarle de mal humor como la última vez.

—Bueno, ya veremos que dice a eso Johnny.

Los muchachos prosiguen su camino y Pop va al encuentro de Johnny para advertirle sin preámbulos:

—Oye; el túnel necesita un encofrado de cemento. Te aseguro que sin un revestimiento, el día menos pensado te encontrarás con esa montaña sobre tu cabeza.

—¿Y me lo dices a mí? Tú sabes mejor que nadie que mi intención era construir un puente sobre el río. Fuiste tú quien se decidió por el túnel, ¿recuerdas?

—Fue porque Alexander quería a toda costa un túnel. Ten en cuenta que el capital para ello nos lo proporciona él.

—El y los socios que forman la compañía.

—Sin duda, pero tú sabes que cuando Alexander se obstina en algo, todos acatan la decisión del presidente.

—Bien; pues eres tú quien debe entenderse con él para que nos facilite nuevos fondos. Eso corre de tu cuenta, no de la mía. Yo he terminado mi trabajo por esta semana.

—Está bien. Yo lo discutiré con él. Pero lo que no debes hacer es llevar a los hombres a Tenango y armar la bulla con que acostumbráis aterrorizar a todo el pueblo.

—Está bien, Pop.

—No os dejéis ver por allí hasta después del domingo por la mañana. Entonces ya habré hablado con Alexander.

Mientras Pop se aleja repitiendo sus advertencias, Johnny va diciendo sin mucha convicción:

—Bueno, Está bien.

El domingo, ya a primeras horas de la mañana, se hallan reunidos en la terraza de la mansión de Frederick Alexander presidente de la Compañía explotadora de las minas de estaño, éste, su sobrino Ricky, ingeniero de minas, y Pop Mathews.

Lo mismo Ricky que Alexander opinan que no es necesario el revestimiento de hormigón, y Pop trata de convencerles detallándose las peculiaridades de la roca que hacen que el encofrado sea necesario aun cuando en un principio nadie lo creyera así. Difícil resulta la tarea de Pop, ya que no sabe qué aducir para convencer a sus interlocutores.

—Esta tierra no se desprende hasta que la toca el aire... Claro, esto ni ustedes ni nosotros lo sabíamos, pero ahora resulta que cada barrero hace caer una sección del techo.

—Pero eso—interviene Ricky—puede ser sólo una condición temporal. ¿Por qué no excavan ustedes unos contenedores de metros más para ver si hay algún cambio?

—Eso me parece razonable—opina Alexander.

—Razonable—arguye Pop—, pero no práctico. Si hay que revestirlo, necesitamos un equipo mayor para el hormigón. Y para esto se requiere tiempo.

—Y dinero. Mi dinero—interrumpe Alexander—. Mi dinero y el de los accionistas... ya que...

La frase queda sin terminar porque en este momento se oye desde la terraza un gran alboroto promovido por los trabajadores de la mina capitaneados por Johnny, quienes, continuando la juerga comenzada el sábado por la noche, se instalan en el hotel del pueblo desde donde trasciende a la calle un ruido ensordecedor en el que se mezclan la música estridente de la orquesta, los gritos de los hombres y algún que otro disparo.

Entre tanto, Ricky había transmitido el recado de su tío al gerente Hernández, quien despedía a la orquesta y a los muchachos. Al adentrarse en el hotel se encontró con que Johnny, en la inconsciencia producida por el exceso de alcohol, pistola en mano, estaba empeñado en hacer blanco en una de las botellas del mostrador.

—Pero Johnny. ¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco?

—No, Ricky. Dígale a su tío que prometí una juerga a los muchachos y estoy cumpliendo mi palabra.

—Será mejor que se alejen cuanto antes de aquí. Está de mal talante y eso puede perjudicarles. Créame, váyanse.

Era difícil convencer a Johnny en el estado en que se hallaba,

pero cuando vió aparecer al presidente de la Compañía seguido de su socio y amigo y observó el ceño adusto de ambos, pareció despejarse y para lograrlo totalmente se despidió de Pop:

—Voy a darme una ducha. Será lo mejor.

—Sí. Será lo mejor. Porque es necesario que hablemos seriamente.

Johnny se retiró sonriendo, como un chiquillo que ha cometido una travesura y sabe que con una sonrisa y cuatro explicaciones, habrá conseguido que se olvide el incidente.

Aunque esta vez Pop Mathews no parecía opinar lo mismo.

#### **«POR UNA MIRADA, UN MUNDO, POR UNA SONRISA, UN CIELO...»**

**Bécquer**

Horas después, ya completamente despejado y con un poco más de orden en su atuendo, Johnny volvía a ser el muchacho apuesto y simpático de siempre. Se dirigía al templo para oír misa, cuando se detuvo a su lado un magnífico automóvil y descubrió en su interior a una hermosa joven, un dulce rostro de mujer en el que la cabellera y los ojos negrísimo y chispeantes contrastaban en admirable armonía con la blancura de su tez. Una bella muestra del verdadero tipo latino, pensó Johnny para sí.

En aquel momento nuestro joven se olvidó por completo de todo seducido por la gracia y gentileza que se desprendían de la figura de la joven mientras bajaba del coche y se dirigía hacia la iglesia. Antes de que ella le volviese la espalda para proseguir su camino, sus miradas se habían encontrado unos segundos, y el gesto risueño de la damita bastó para que Johnny sintiera una agradable sensación de felicidad.

Una vez hubo terminado el santo sacrificio de la Misa y

mientras los fieles se disponían a salir del templo, Johnny acercóse a la hermosa joven y murmuró por lo bajo a su oído:

—¿Cree usted en el amor a primera vista?

La joven pareció aturdirse de momento ante la osadía del desconocido, pero reaccionando con rapidez se apresuró a contestar negando rotundamente:

—¡No!

Atentado, si no por la respuesta porque ella se dignara contestarle, se disponía a seguirla cuando alguien le detuvo asién-dole por el brazo:

—¡Hola, Ricky! Perdona, Llevo prisa.

—Espere. Es mi prima predilecta, Johnny.

—¿De veras?

A pesar de ello, se disponía a seguirla cuando Ricky le advirtió:

—Es inútil que intente hablar con ella. Eso no es correcto en Sudamérica. Aquí no se puede abordar en la calle a una señorita como mi prima Maura sin haber sido antes presentado.

—¡Ah! Se llama Maura.

—Sí. Espéreme esta noche en la puerta del hotel y se la presentaré. Entonces podrá hablar tranquilamente con ella.

Ya anochecido se presentó Ricky acompañado de tres músicos y junto con Johnny se dirigieron a la casa de Alexander, situándose bajo una ventana.

La presencia de los guitarristas extrañó en un principio al norteamericano, quien al interrogar con la mirada obtuvo esta aclaración:

—Es una antigua costumbre española.

—¿Es ésta su ventana?

—Sí.

—¡Magnífico, Ricky! Ha tenido una idea admirable. Esto tiene mucho color local. En mi tierra, me dirigirla sencillamente a la puerta y tocaría el timbre.

—Este, no.

El norteamericano se acercó y leyó en la placa que había sobre el timbre el nombre de: «Frederick Alexander».

—¡Vaya! ¿Es la hija del presidente de la Compañía?



—Así es.

—¡Oh!—exclamó, fingiéndose compungido.

—En todo Tenango no creo que lleguen a cinco las familias que gozan del privilegio de ser recibidas en esta casa. Desgraciadamente, señor Munroe, usted no pertenece a ninguna de esas familias.

—Pues podía haberme ahorrado mucho tiempo y una larga caminata, si me lo hubiera dicho antes.

Los músicos habían comenzado ya su serenata y no tardó en abrirse una ventana por la que apareció Maura, sonriente:

—¡Hola, Ricky!

—Querida Maura, permíteme que te presente al señor Munroe, uno de los constructores del ferrocarril de tu padre.

Maura le tendía gentilmente la mano y Johnny permanecía mudo sin que pudiera explicarse el motivo de su azoramiento ante una mujer. En su vida le había ocurrido cosa igual.

—Bueno, Munroe, yo debo marcharme. ¿Se queda usted?

—Pues... ya que he venido...

—Claro. Volveré dentro de diez minutos...

Y como el americano asintiera sonriente, agregó Ricky:

—...para recoger su cadáver.

—Oiga, ¿no podría llevarse a la orquesta?

—Está bien. Vamos, muchachos.

Johnny se acercó más a la ventana y toda su elocuencia se redujo a decir:

—¡Hola!

—¡Hola!—le respondió ella, divertida por la turbación de aquel hombrón que ante su presencia parecía convertirse en un chiquillo.

—La verdad es que no estoy muy cómodo así de pie... Supongo que debí decir a los músicos que se quedarán. Estas charlas en la ventana me azoran. No estoy acostumbrado a ellas.

—La próxima vez tráigase un libro de Shakespeare.

—Sí. Quizá será conveniente que vuelva a leer «Romeo y Julieta».

Y después de una larga pausa durante la que se estuvo preguntando cómo era posible que precisamente a él no se le ocurrie-



se decir nada a una mujer bonita, dándose al fin por vencido, exclamó al mismo tiempo que consultaba su reloj:

—Ya han pasado dos de los diez minutos que Ricky me ha concedido.

—Si le dejo que se siente, ¿cree que conseguirá mantenerse despierto durante los ocho minutos restantes?

—Yo creo que sí.

—Pues voy a abrirle la puerta.

Una vez dentro de la casa, Johnny contempló con agrado la esplendidez y buen gusto con que estaba decorada, se sentó cómodamente junto a Maura y pareció recobrar su aplomo; pero confesándose a sí mismo incapaz de iniciar una conversación con la que prender el interés de la bella mejicana, se decidió a hablar de su trabajo y sus proyectos.

—Yo sigo creyendo que lo más conveniente hubiera sido construir un puente en lugar del túnel, pero ellos quieren un túnel. Pues bien, lo tendrán. Atravesaremos el Monte Tormenta, pasaremos a través de las llanuras... y a partir de allí, será cosa fácil. Tres o cuatro meses y llegaremos a las minas de estaño, hasta donde ha de llegar el ferrocarril.

—Y cuando haya terminado ese trabajo, ¿adónde irá usted?

—Adonde necesiten otro ferrocarril. Quizá a China, Alaska, el Tíbet o a Brooklyn.

—Ya.

—Oiga, ¿pero qué hora es? Mi reloj me dice que mi visita ha terminado y a mí me parece que apenas ha empezado.

—¿Por qué tanta prisa?

—Ricky solo me concedió diez minutos.

—Y los ha invertido enteritos en hablar de usted.

—Oh, perdona.

—¿No cree que podrían concedernos diez minutos más para que yo pudiera contarle algo de mí?

—Eso sería muy interesante. Cuénteme algo de usted.

—Pues, nací...

—...bajo una estrella afortunada, hace veinte años y pico, con los ojos más hermosos que he visto en América del Sur—la sonrisa.

de Maura le invitaba a continuar: —Y también tiene una naricita muy mona, aunque la levanta más de la cuenta algunas veces.

Pasó su brazo por detrás de ella, apoyándolo en el respaldo del sofá.

—Siga. Cuénteme más cosas sobre mí.

—Podría seguir así durante horas—y al decirlo se acercaba más a ella y retiraba la mano del respaldo para apoyarla en el hombro de la joven.

Esta se echó atrás sin dejar de sonreír. Parecía difícil creer que este joven tan locuaz que murmuraba galanterías a su oído era el mismo que minutos antes se mostrara tan tímido y callado.

—Su cabello de negro azabache es un digno marco a su bello rostro...—como ella se apartara de nuevo, él volvió a acercar su cabeza a la de la joven murmurando con teatral seriedad: —¡Ah, es verdad! Usted es aquella señorita que no cree en el amor a primera vista.

Se miraron a los ojos, suspensos los dos, indecisos...

La puerta se abrió de súbito y apareció en el umbral la figura severa de Frederick Alexander.

—Maura, ve a tu habitación.

—Papá, por favor, no vayas a suponer... Es el señor Munroe. Estábamos hablando de...

—Ve a tu habitación.

—Señor Alexander, ya sé que las apariencias parecen...

—Buenas noches, señor Munroe.

El tono autoritario y terminante de Frederick no admitía explicaciones, y comprendiéndolo así, Johnny se despidió:

—Buenas noches, Maura.

—Buenas noches, Johnny.

Y al mismo tiempo que el joven salía de la casa, Maura se dirigía a su habitación sin añadir media palabra.

\* \* \*

Alexander quedó solo unos momentos. Se resistía a creer lo que acababa de presenciar y recordaba ahora con minuciosa claridad la conversación que tuviera días antes con la institutriz de su hija.

—Maura es ya una mujer.

—Una mujer bellísima, de gran cultura y alta alcurnia, dispuesta a ocupar una importante posición social como esposa de...

—¿También se ha encargado de buscarle marido? Un marido a gusto de usted, naturalmente.

—Señora Braithwaite, no creo que eso sea de su incumbencia.

—Ya sé que debo atenerme tan sólo a su instrucción, pero permítame que le repita que su hija es ya una mujer, cuya vida de veintitantos años ha dirigido usted hasta ahora lo mismo que si se tratara de una mina o un ferrocarril. Maura se da cuenta de ello y en el fondo está resentida. Si continúa usted imponiéndole su voluntad y obligándola a vivir, no la vida que ella desea sino la que usted quiere imponerle, mucho me temo que llegue algún día en que tenga que arrepentirse de su actitud.

—Señora Braithwaite, en lo futuro tenga la bondad de limitar sus sugerencias en lo que se refiere a los estudios de mi hija.

La buena mujer había salido silenciosa y dolida de la habitación, pero ya en la puerta habíase vuelto a preguntarle:

—Quiere usted a su hija, ¿verdad?

—Naturalmente. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque no estaría de más que ella lo supiera.

¿Se había presentado ya el momento de peligro que le anunciara la institutriz? Con paso lento se dirigió a las habitaciones de su hija.

—Creí haberte educado como una señorita, Maura. Veo que me he equivocado.

—Me sorprende oírte confesar que puedes equivocarte.

—¡Maura!... Después de la escena que he presenciado esta noche, dudo que algo pueda volver a sorprenderme. Ni siquiera tu incalificable conducta que adoptas ahora.

—No creo que nos comprendamos, padre.

—Desde luego, yo me niego a comprenderte. Aun no concibo cómo has podido invitar a un cualquiera a esta casa; a mi casa.

—Creí que también era la mía.

—Y lo es, Maura. Como lo fué de tu madre. Y como tal, espero que la tengas en gran respeto; aunque guardes tan poco para ti misma.

Padre e hija se separaron doloridos y pesados. Se habían lastimado mutuamente, pero su orgullo les impedía intentar comprenderse.

### EN EL QUE EL AMOR PONE EN UN APRIETO A NUESTRO HEROE

Al día siguiente volvió a reanudarse en las obras la actividad de costumbre. De nuevo se dejaron oír las explosiones de los barrenos y a cada uno de ellos Johnny se afianzaba en la idea de que el túnel estaba necesitando a toda prisa el solicitado revestimiento de hormigón.

Confirmando sus temores, uno de los últimos barrenos ocasionó un gran desprendimiento de tierras en el que quedaron semiseppultados varios trabajadores, entre los que se encontraban Johnny y sus inseparables compañeros Fog, Curly y el dinamitero Joe. Salvieron sus vidas de milagro, pero el incidente dejó malhumorado a Johnny, quien en cuanto apareció Pop se dirigió a él a toda prisa.

—¿Qué? ¿Has tenido suerte? ¿Dieron su consentimiento y los fondos necesarios?

—No comprendo qué puede haber ocurrido, Johnny.

—Explicate. ¿Qué ha pasado?

—Ayer, después de una larga discusión, Alexander parecía dispuesto a acceder a todo cuanto le expliqué que necesitábamos. Quedamos en que hoy concretaríamos sobre ciertos detalles.

—¿Y qué?

—Pues que esta mañana me lo denegó friamente.

—Supongo, Pop, que no me echarás la culpa a mí.

—¿Qué tienes que ver con ello? ¿Te refieres a la jarana del hotel? No, no. Se trata de algo más grave que eso, Johnny. Ha pasado algo más.

—Sí, me temo que haya pasado algo más... y peor.

—¿Qué?



- Algo relacionado con la hija de Alexander.  
—¿No habrás sido capaz...?  
—No, no. Un momento. Ya te contaré... Yo estaba sentado a su lado hablando tranquilamente...  
—¿En su casa?  
—Pues claro. No crees que estábamos en un bar.  
—Pero, Johnny: ¡eso no se hace en Sudamérica! ¡Aquí no!  
—Norteamérica o Sudamérica, yo sólo estaba sentado a su lado hablando con ella, y por pura casualidad mi brazo estaba extendido en el respaldo donde ella se apoyaba...  
—¡No me cuentes nada más!  
—¡Pero si eso es todo!  
—Pues estamos listos, Johnny.  
—No lo estamos... Alexander no tiene derecho a mezclar sus asuntos personales con el negocio. Y si no lo sabe iré yo a decirselo ahora mismo.  
—Lo único que conseguirás será empeorar la situación.  
—De todos modos es necesario que alguien vaya a darle detalles de lo que acaba de ocurrir. Mira cómo ha quedado el túnel—y señalaba el montón de escombros que quedaron a raíz del último desprendimiento de tierra.
- \* \* \*

Cuando llegó Munroe a la oficina de la Compañía, el presidente había reunido a varios ingenieros para discutir sobre el asunto que tanto preocupaba a los dos socios norteamericanos.

A las dudas expuestas por Ricky, alegó Alexander terminante:

—Yo no pongo en peligro la vida de éstos ni de ningún otro hombre para ganar dinero para mis accionistas. No sólo es un mal negocio, sino que a eso le llamo yo un asesinato. Ahora bien, contesta concretamente: ¿Necesitamos o no un revestimiento de hormigón para ese túnel?

—No—repuso Ricky.

—¿Están ustedes de acuerdo?—demandó dirigiéndose a los demás ingenieros.

—De perfecto acuerdo con Ricky.



—Pues no hablemos más del asunto.

Durante la reunión fueron varias las veces que la secretaria anunció al presidente que Johnny Munroe esperaba afuera para hablarle de un asunto importante, pero tantas veces como le comunicaron las prisas del ingeniero, respondió secamente:

—Que siga esperando.

Johnny no se distinguía precisamente por su paciencia, y ya perdida la poca que le quedaba a consecuencia de la larga espera, irrumpió en el despacho como una furia.

—No sé si ustedes, señores, se hacen cargo de que yo debo construir un ferrocarril y de que cuando vengo aquí para hablar con ustedes es porque tengo algo importante que decirles. El domingo mi socio les dijo que nos era necesario un revestimiento de hormigón, y ahora acaba de comunicarme que todavía no se ha resuelto nada sobre el particular. Para que usted lo sepa—se dirigió directamente a Alexander—, mientras usted estaba pensando en ello, veinte toneladas de roca decidieron no esperar más. Afortunadamente no ha habido que lamentar desgracias personales. Pero si esto volviera a suceder, algunos de nosotros correríamos grave peligro.

—Decidiremos lo que creamos conveniente.

—Quiero que se dé cuenta de que mientras ustedes discuten y hablan tranquilamente, unos cuantos centenares de personas arriesgan su vida innecesariamente. Sé que el revestimiento no consta en el contrato que firmamos, pero ahora no se trata del contrato. Es una cuestión de elemental justicia.

—Eso debería tenerle sin cuidado, señor Munroe.

Los ingenieros iban abandonando el despacho, y así se disponía a hacerlo Johnny cuando le detuvo la voz del presidente:

—Un momento, señor Munroe.

Cuando los dos hombres hubieron quedado solos, preguntó Alexander en tono seco y duro:

—¿Por qué no se marcha usted de Tenango?

—Porque tengo que construir un ferrocarril.

—¿Espera usted poder terminarlo?

—Naturalmente. Y en la fecha fijada.

—¿Es usted tonto, o quizá un optimista?

—¿Estamos hablando del ferrocarril, o se refiere a la señorita Alexander?

—Eso es una impertinencia.

—El asunto tiene más importancia de la que usted le concede.

—¿De veras?

—Da la casualidad de que yo tengo un socio que se llama Pop Mathews, ¿le conoce, verdad? Y no creo que debamos hacérselo pagar a él.

—¿Intenta decirme que por ese motivo yo no debería hundirlo?

—¿Hundirme?

—Sí. Eso dije.

El semblante de Munroe se contrajo un segundo y percatándose de que estaba a punto de perder los estribos, dió media vuelta y sin contestar media palabra se disponía a alejarse.

—Espere, señor Munroe.

—Lo siento, pero debo irme. He de construir un ferrocarril, ¡y lo construiré! Buenos días.

### COMIENZAN LAS DIFICULTADES

Desde el día en que Johnny abandonara las oficinas de la Compañía, tan furioso como encolerizado dejara a Alexander, comenzó una guerra sorda en la que el ingeniero llevaba la peor parte.

La Compañía fué demorando los envíos de los materiales más necesarios: vigas, dinamita, tuberías, todo cuanto era necesario para la buena marcha y continuación de las obras, y éstas quedaron casi paralizadas. Llovían gran cantidad de preguntas sobre Johnny, al que los distintos obreros iban a solicitar el material que les urgía y que no llegaba nunca, y éste, agotada ya su paciencia, respondía a todos de mal talante y se paseaba excitado por el campamento, indignado ante la conducta del padre de Maura.

Así le encontró Ricky cuando se dirigía a hacer la visita de inspección anunciada, y le espetó jovialmente:

—¡Hola, grandísimo bobo!

—¿Cómo ha dicho?

—Démonos un buen apretón de manos. Quisiera que me disculpase.

—¿Por llamarse Ingeniero?

—No. Por no aclarar el asunto con Maura antes de atacarle tan duramente el otro día en el despacho.

Johnny sonrió y estrechó la mano que le tendían. Indicando con la mirada a los obreros que esperaban con los brazos cruzados, y las obras paralizadas, comentó:

—¿Qué le parece? ¡Bonita perspectiva de trabajo, eh!

—¿Está mal la situación?

—Y cada día empeora. Alexander detiene todos los envíos: las tuberías, las maderas, la pólvora...

—¿No quería usted luchar a brazo partido, Johnny? Pues ya está en mitad de la refriega.

—¿También contra usted?

—No. Yo soy neutral desde que Maura me contó que fue ella quien le hizo entrar en la casa. Creí que se había ido. Que había «huído» —añadió sonriendo.

—Pues ni hui entonces ni pienso huir ahora. Es más, dentro de unas horas volveré a verla.

—Está bien, está bien. Al fin y al cabo es su propio pellejo el que arriesga. Voy a echar un vistazo al túnel y si estoy equivocado se lo diré así a Alexander.

—Está equivocado. No lo dude.

Se alejó rápidamente y montó en su «jeep» para acudir a la cita que habían convenido con Maura. Antes de que pusiera el coche en marcha se acercó Pop:

—Acuérdote de traerme mis pastillas. Y no olvides que ese coche no tiene gasolina.

—Está bien. Cargaré el depósito en Tenango.

Ante la idea de volver a encontrarse con Maura, acabó incluso por olvidar las dificultades con que tropezaba en su labor. Recordaba la última vez que se vieron. Fue cuando él salía

de la oficina de Alexander. Al subir a su «jeep» encontró en el volante un pañuelito que reconoció en seguida. Con él estuvo jugando Maura la noche anterior mientras él le describía la excavación del túnel. Miró a su alrededor, asombrado, y vió a la señorita Braithwaite, quien con la cabeza pareció indicarle que le siguiera. Así lo hizo Johnny hasta llegar ante la reja del patio de la iglesia. Descendió allí y salió a su encuentro Maura que le recibió sonriendo:

—¡Hola!

—Eso fué lo que le dije la última vez y ya sabe lo que ocurrió —dijo él, también sonriendo, al mismo tiempo que se sentaba junto a ella.

—Lo siento.

—Yo no. Pero esta vez no quiero perder el tiempo hablando de mi trabajo. Nada de túneles.

—Ni de ferrocarriles.

—Ni de ríos. Sólo importa usted.

—Yo... y usted.

—Y la señorita Braithwaite—recalcó Johnny demostrándole con la mirada que sobraba en la entrevista—. ¿Sabe ya lo de la otra noche?

—Sí.

—¿Y lo aprueba?

—Si ella no me hubiese ayudado, yo no estaría aquí.

—¿La volveré a ver?

—Pues...

—Sí; ya sé. En estas tierras hay que esperar a veces más de seis meses antes de poder hacer la primera visita. Pero es que dentro de seis meses quién sabe dónde estará...

—Quizá en la China, en Tibet, o en Brooklyn.

—Y aunque así fuera no estaríamos más alejados que en este momento.

—¿Por qué?

—Porque no soy del agrado de su padre. Y si él se opone a que la vea... ¡se acabó todo!

—¿Y mi opinión no cuenta en este asunto?

—Es la única que cuenta.



—Ahora no puedo decirle nada.

—Pues esperaré... Esperaré hasta la próxima semana. Estaré aquí a la misma hora. En este mismo sitio.

—¿Y si no me encuentra aquí?

—Entonces... comprenderé que prefiere usted no verme más. Pero confío en encontrarla.

Al ver que la institutriz se acercaba, los jóvenes se despidieron.

Johnny sonreía al recordar todo esto y apretaba el acelerador, ansioso de volver a ver a la linda mejicana.

\* \* \*

Entretanto, Maura no conseguía distraerse en la lejana estancia, a pesar de que su padre ponía para lograrlo todos los medios a su alcance. Vista la inutilidad de tener a su hija, podría decirse prisionera, proyectó un plan más eficaz, y así, comentaba en aquellos momentos, con cierta invitada:

—Dentro de unos días saldremos para Europa.

—¿Te vas a Europa?—demandó Maura inquieta.

—Iremos los dos, tú y yo. ¿No te lo había dicho?

—No.

—Ya me voy haciendo viejo. Pienso una cosa y luego me imagino haberla comentado y discutido. Te agrada la idea, ¿verdad?

—No me entusiasma mucho.

—Lo comprendo, Maura—intervino la visitante—. A no ser que vayan a la Riviera.

—Siempre podremos llegarnos a París.

—Ya estuve en París, papá.

—¡Qué juventud la de hoy día! Lo dice del mismo modo que si dijera que ha leído un libro. Cuando Maura era aun una niña, parecía más fácil buscarle diversiones. Entonces un viaje significaba una gran aventura para ella.

Cuando padre e hija quedaron solos, ésta se apresuró a confesar abiertamente:

—No quiero ir a Europa.

—¿De veras?

—Ni tampoco pienso quedarme aquí en Las Palmas.



—Me gustaría poder comprender la actitud que has adoptado durante toda esta semana. Me desconciertas.

—¿De veras?

—He hecho todo lo posible por complacerte. Tengo la casa llena de invitados, cuando preferiría estar solo. He invitado a varios de tus amigos.

—Amigos tuyos, míos, no.

—¿Otra vez, Maura? Durante veinte años han sido amigos nuestros, y ahora, de repente, se convierten en amigos míos. ¿Qué significa esto Maura? ¿Qué te pasa?

—Pues, sencillamente, que prefiero vivir en Tenango que en Las Palmas.

—Antes te gustaba Las Palmas... Nuestras excursiones a caballo... ¿Recuerdas el día en que nos imaginamos que hacíamos detener el tiempo? Contemplamos el paisaje desde esta montaña y dijimos: ¡Qué bello este momento! Cocemos de él juntos, porque mañana, o quizá a no tardar, ¡quién sabe lo que puede suceder! ¿Ha sucedido ya, Maura? ¿Estamos tan distanciados que ya no podemos comprendernos?

También Maura recordaba aquellos no muy lejanos días en que existía una mutua comprensión entre ella y su padre, aquellos días, desde su niñez, en que Alexander dirigía su vida como a él le parecía, sin que ella se rebelase y quizá sin percatarse de ello. Eran demasiados años de mutua comprensión para que un incidente en el que ella cifraba su felicidad truncase el cariño de padre e hija. Alentada por el recuerdo de un Alexander siempre comprensivo para con ella, se acercó murmurando:

—Quiero que me comprendas, papá, quiero que comprendas...

—¿Qué, hija mía?

—Que quiero verle.

La dulzura de Alexander desapareció como por ensalmo. Volvió a fruncir el ceño y ordenó con una severidad rayana en el despotismo:

—¡No quiero ni oírte hablar de eso!

—Entonces, ¿tengo que quedarme en Las Palmas?

—Hasta que salgamos para Europa, sí.

Maura quedó en un principio abatida, pero el recuerdo de

Johnny que quizá continuaría esperándola en la plazoleta convenida y el temor de que el mensajero no llegase a tiempo para decirle el motivo de su ausencia, despertó en ella un sentimiento de rebeldía que la obligó a buscar el apoyo de la señorita Braithwaite, gracias al cual consiguió salir a caballo de la estancia, a pesar de la prohibición dada por su padre a toda la servidumbre.

### UN IDILIO EN EL BOSQUE

No habría cabalgado dos millas cuando vió a lo lejos el «jeep» del norteamericano. Este, que también la había reconocido, apretó el acelerador y se dirigió velozmente a su encuentro.

—¡Hola! Me dirigía hacia Las Palmas.

—Y yo a Tenango.

—Pues suba a mi coche y la acompañaré a Tenango.

—¿Y qué hacemos con mi yegua?

—¿No sabe el camino?

—Sí; será mejor dejarla en libertad. Así podrá visitar a otros caballos y al anochecer regresará a la cuadra.

—Será mejor que regrese a la cuadra antes del anochecer, si no adquirirá mala fama. Especialmente aquí, en América del Sur.

—¿Qué pasa con Sudamérica?

—Nada. Al contrario. Algunas de las personas más simpáticas que conozco son sudamericanas.

—Y algunas de las personas más simpáticas que yo conozco son norteamericanas.

Maura se había acomodado ya en el «jeep» junto a Johnny, y éste, animado por sus palabras, se acercó a ella y la besó suavemente.

—Así es cómo debe besarse a las niñas de ojos negros.

—Y así es cómo se da un bofetón a los niños de ojos grises—y mientras lo decía su delicada mano se estrellaba con fuerza en la mejilla de él.

—Es usted muy arisca. Ya veo que tendrá que comprarme una guitarra y hacerle el amor al estilo sudamericano.

No habrían recorrido unos metros cuando en una pequeña cuesta se caló el motor y a Johnny le fué imposible volverlo a poner en marcha. Bajó para inspeccionar el motor, pero acordándose de pronto de la advertencia de Pop, murmuró:

—¡Huh, huh! Me doy por vencido. Dígame usted lo que le parezca.

—¿Por qué?

—Ya sé que no me creerá. Me he quedado sin gasolina.

—¡Pero Johnny!

—Pop me lo advirtió, pero yo lo olvidé. La verdad es que tenía una cita muy importante con una señorita y estaba demasiado entusiasmado para acordarme de nada más.

—¿Estaba usted entusiasmado? ¿Y qué le parece que pasará si no llego a Tenango?

—Llegará usted. ¡No faltaba más! Yo se lo aseguro. Pero también le aseguro que llegará rendida. Vamos a ir andando.

—¿Andando?

—Sí. Andando. ¿Qué otro remedio nos queda?

Se decidieron a emprender la marcha carretera adelante y al llegar a un cruce ella opinó:

—Será mejor ir por aquí. Este camino nos llevará a Tenango. Es un atajo.

—¿Está segura?

—Sí. Por lo menos acortaremos unas siete millas.

—Espléndido. Adelante.

Caminaron por espacio de dos horas departiendo amigablemente, hasta que Johnny se aventuró a comentar:

—Es el atajo más largo que he tomado en mi vida. ¿Está segura de que es éste el camino?

—Segurísima.

—Está bien. No se lo discuto.

—He pasado por este camino con mi abuelo. El hizo el sendero.

—Pues con todo el respeto para su abuelo, esto no es precisamente un camino real.

—Está hecho para cruzarlo a caballo. Al menos así lo pasamos.

—¿Cuándo fué eso?

—Hace diez años.

—¡Las cosas que pueden suceder en diez años! Mire, por ejemplo...

Se interrumpió al ver el gesto de extrañeza y desolación que se reflejó en el rostro de Maura.

—¿Qué ocurre?

—Que nos hemos equivocado de sendero.

—¿Y ahora se da cuenta?

—Sí—y al mismo tiempo que señalaba unas ruinas:—Este es el templo de los Incas. Teníamos que haber ido por el camino de las cataratas.

—¡Pues no nos hemos alejado nada, que digamos!

—¡Estaba tan segura!

—¿Se le ocurre alguna solución?

—No.

—Pues entonces, desde ahora asumiré yo el mando, ¿conforme?

—¿Qué vamos a hacer?

—Nos sentaremos aquí unos minutos. Descansaremos y tomaremos alientos para emprender de nuevo la caminata.

—No debemos deternos demasiado.

—No. Si le parece, cenaremos tranquilamente, luego bailaremos y después.

—No es para tomarlo a broma. Estoy preocupada. ¿Usted se da cuenta de lo que pasará si no llego a Tenango esta noche?

—Llegará.

—Pero si ya se está poniendo el sol.

Se sentaron con intención de descansar unos minutos, pero la caminata había rendido a Maura quien, a pesar de su gran deseo de llegar cuanto antes a Tenango, iba retrasando sin advertirlo el momento de reanudar la marcha. El sol había ido ocultándose lentamente, tiñendo a su alrededor de púrpura el azul del infinito espacio y prestando al paisaje la bella perspectiva que tantas veces han cantado los poetas y han reproducido con sus pinceles los



artífices del color. Los dos jóvenes habían ido acercándose y contemplaban con deleitación el panorama.

—¡Qué hermoso!

—¡Muy hermoso!

—Debo llegar a casa, Johnny. Es preciso que llegue antes de que adviertan mi ausencia.

—Todo se arreglará. No se preocupe.

—Si al menos pudiéramos volver a la carretera.

—No sería prudente ni agradable andar a tientas por esta selva a oscuras.

—¿Qué podemos hacer?

—Pues... en primer lugar encenderemos una hoguera... nos sentaremos y contemplaremos cómo arde hasta que amanezca.

—¿Hasta que amanezca? No puedo quedarme aquí toda la noche.

—Pues tendrá usted que quedarse. En cuanto comience a clarear la acompañaré a su casa todo lo aprisa que nos sea posible.

—¿Habla en serio?

—Naturalmente. Y si no la hubiesen criado como a una señorita, en lugar de dejarla permanecer aquí sentada temblando de miedo, la enviaría a buscar leña. No hay nada mejor que el trabajo para olvidar los contratiempos.

Comprendió que le sobraba la razón y poniéndose en pie le ayudó a buscar la leña necesaria; encendieron una pequeña hoguera y se sentaron junto a ella. Johnny le ofreció las pastillas que había adquirido para Pop y procuraba animarla con su sonrisa y su aparente tranquilidad. Ella hacía esfuerzos para serenarse y dominar su nerviosismo, pero al fin se refugió en los brazos varoniles, exclamando a punto de sollozar como una criatura:

—Johnny, tengo miedo. Estoy asustada.

El le acarició el cabello como si se tratase de una niña, le rodeó con su fornido brazo y murmuró:

—Cierre los ojos... Cíérrelos... ¿Qué es lo que ve?

—A mi padre. Y está furioso.

—Eso no debe preocuparla, porque en cuanto nos veamos yo le diré: «Señor Alexander, ya sé que las apariencias parecen...»



y él me interrumpirá tajante: «Buenas noches, señor Munroe». Y no pasará nada más. Cierre los ojos.

Los cerró breves momentos para abrirlos de nuevo y recrearse en la contemplación de una estrella. A una muda pregunta que leyó en la mirada de él, respondió:

—Acabo de formular un deseo.

—¿De veras?

—He deseado que...

—¿Qué?

—Si se lo digo, no se realizará.

El brazo de Johnny iba oprimiendo suavemente la grácil cintura de la muchacha y sus mejillas descansaban ya una junto a la otra.

—¿Formaba yo parte de su deseo?

—Creo que sí.

Si yo formulara un deseo, no le quepa duda de que formaría usted parte de él.

—¿Ve aquellas dos estrellas? ¿Aquellas dos que están muy juntas?

—Sí— y al decirlo no separaba su mirada del bello rostro que tenía junto a sí.

—Pues, se llaman...

Johnny seguía con los ojos fijos en los de Maura, y ésta disimuló su turbación murmurando en voz tan baja, que era como un susurro imperceptible:

—Está usted mirando en otra dirección.

—Estoy admirando los más bellos luceros que he visto en mi vida.

Contemplaba con arrobó los ojos de la joven y, fué acercándose a ellos hasta que sus labios quedaron fuertemente unidos.

—¡Oh, Johnny!

—¿No te dije que todo iría bien?

—Temo que llegué la mañana.

—También temías a esta noche.

—Sí. Muchísimo. Y ahora desearía que nunca terminase.

—Yo también me siento muy feliz.

Maura reclinó su cabeza en el ancho y acogedor hombro varonil, cerró los ojos, y a los pocos minutos Johnny contemplaba sonriente a la bella mujercita que dormía confiada y plácidamente entre sus brazos.

### UNA BODA INESPERADA

Horas antes, Alexander había comprobado que su hija no salió a dar su paseo a caballo con sus huéspedes como ésta le había hecho suponer, y con enérgica persuasión había conseguido que la señorita Braithwaite confesara que Maura se había dirigido sola hacia Tenango.

Presintiendo algo desagradable, y después de reprender con agria severidad a la institutriz, telefoneó a su casa de Tenango, y al cercionarse de que su hija no había llegado allí, decidió comunicarlo a su huésped de confianza, la señora Tobar. Esta, que residía no lejos de Las Palmas, y conocía aquellos vericuefos por donde acechaba el peligro y no era difícil perderse, aconsejó:

—Llame a mi casa, Frederik. Si ha tomado por el atajo tiene que haber pasado por mi propiedad. Velarde ha debido de abrirle la puerta. Yo he hecho ese trayecto a caballo y allí es precisamente donde uno empieza a sentir el cansancio. No se preocupe, porque estoy segura de que Velarde la acompañará hasta su casa.

Pero tampoco Velarde había visto a Maura y fué entonces cuando Alexander, perdida ya la calma, reunió a varios jinetes y emprendieron diferentes rutas por el monte, en busca de la desaparecida.

Después de varias horas de recorrer los caminos, la partida que iba al mando de Alexander divisó una hoguera no lejos de las ruinas del templo Inca, y hacia allí se dirigieron a toda prisa.

La escena que contemplaron al llegar a las ruinas dejó a todos asombrados. El ingeniero norteamericano dormitaba apo-

yado en un árbol y entre sus brazos protegía dulcemente la frágil figura de Maura, que dormía con sueño plácido y tranquilo.

El ruido de los cascos de los caballos y el producido por los finetes al desmontar, despertaron a Johnny quien, al ver ante sí la erguida y severa figura del padre de su adorada, despertó suavemente a ésta. Alexander los contemplaba, las pupilas centelleantes por la ira. No pidió ni dió explicaciones. Sólo ordenó a dos de sus hombres:

—Denles sus caballos.

Johnny ayudó a Maura a levantarse mientras trataba de excusarse:

—Supongo que es inútil que intente explicarle esto también.

Alexander no pareció prestar la menor atención a sus palabras, y volvió a ordenar a los dos hombres:

—Denles sus caballos.

En vista de la inutilidad de toda explicación, los dos jóvenes montaron en los caballos que les ofrecían y silenciosos todos, emprendieron el camino hacia Tenango.

Al día siguiente, Maura y Johnny contraían matrimonio.

Ya los dos en el coche que los conducía a su nueva morada, es decir, a la cabaña construida en el campamento que se había alzado para los trabajadores, no lejos de las obras, Johnny comentaba con su sonrisilla de costumbre:

—Bueno, una boda donde no ha habido arroz. Esperemos que aunque no haya rezado con nosotros esa costumbre alegórica, nuestro hogar sea de los más felices.

—Así lo espero, Johnny. Y siento que nuestra boda haya tenido que ser así.

—No te preocupes. Me alegro que haya sucedido de este modo. Creí que tardaríamos un mes por lo menos. Las amonestaciones, etc, etc. No sabías que fuera posible casarse tan rápidamente aquí.

El tono despreocupado en que dijera estas palabras había entristecido a Maura. Desde que conoció al joven ingeniero había soñado con una boda distinta, y sobre todo, en ver correspondido su amor. Como él lo advirtiera, la estrechó entre sus brazos mientras susurraba a su oído:

—¡Oh, Maura! ¿No has comprendido aun que estoy enamorado de ti?

—¡Si me has visto tan pocas veces!

—Con una vez era más que suficiente. Créeme, Maura. Te quiero.

Una sonrisa de felicidad afloró los labios de la novia. ¡Se sentía tan dichosa y feliz! Pero estos instantes inefables se vieron truncados por el ruido de una fuerte explosión.

—¿Qué ha ocurrido?—demandó asustada Maura.

—Me temo que una gran desgracia. ¡Acelera la marcha! ¡Aprisa! ¡Hay que llegar cuanto antes!

No tardaron en llegar al campamento. Como Johnny temía, se había producido una gran explosión. Los hombres trabajaban febrilmente en la entrada apartando los escombros que se veían por doquier, y las mujeres, temerosas unas y sollozando otras, se aglomeraban demandando a gritos el paradero de sus respectivos maridos. Chávez, uno de los encargados, corrió hacia Johnny en cuanto éste llegó:

—¿Dónde se había metido? Llamé al hotel, al depósito, al ferrocarril.

—¿Qué ha pasado?

—El techo se vino abajo. Toda la montaña se derrumbó.

—¿Cuántos hay dentro?

—El equipo de noche. Todos ellos.

Al ver a Johnny las mujeres le abordaron llorosas y suplicantes:

—¡Señor Munroe! Mi marido está ahí dentro.

—Ya lo sé, María. Haremos todo lo posible para salvarlos.

—¡Y el mío, señor Munroe!

—Paciencia, por favor. Déjenlos trabajar. Procuraremos salvarlos a todos.

También «Chico», un muchacho de doce años, ferviente admirador de Johnny y siempre dispuesto a servirle, se le acercó tembloroso:

—Señor Munroe: mi padre está...

—Sí, ya lo sé, «Chico». No te preocupes. Lo sacaremos de allí.



Mientras, tú tendrás que hacerme un favor: acompañar a mi mujer a la cabaña.

—Con mucho gusto, señor Munroe.

—Pero yo prefiero quedarme aquí.

—No discutas. Ve con él.

La orden era terminante. Maura se dio cuenta de que una grave responsabilidad pesaba sobre su marido en aquellos momentos y comprendiendo su actitud, obedeció, dejándose acompañar por «Chico».

Ya dispuesto a comenzar la agobiante tarea, Johnny inquirió:

—¿Está Ricky también dentro, con Pop?

—Sí; iban a la cabeza del equipo. Pero aquello tenía bastante buen aspecto. Creo que aguantará.

—¿Y Fog?

—Es el que más me preocupa—contestó el encargado—. Si estaba a punto de salir, el desprendimiento le habrá cogido de lleno.

Continuaban febrilmente los trabajos. Johnny se proponía a toda costa abrir paso a las tuberías de aire para que llegaran hasta donde se encontraban los hombres medio sepultados. Era muy delicada la colocación de los barrenos, y tras las explosiones debían ir apartando las rocas para dejar el paso libre. Johnny y algunos hombres se adentraron en el túnel. Al cabo de unos minutos uno de ellos salía para comunicar a las mujeres:

—Están vivos. Han contestado a nuestras señales. Estamos excavando a toda prisa.

Los gritos de alegría se mezclaban con los sollozos y las preguntas que llovían sobre él que les trajera la buena nueva:

—¿Cuánto tardarán en poder salir?

—Pues, una hora, quizá antes.

Johnny y Joe, el dinamitero, seguían excavando sin descanso, abriendo un camino que llevara junto a los hombres que con tanta ansiedad les esperaban. Al primero que encontraron fué a Fog. Una gruesa viga le había caído sobre las piernas. Su rostro, contralido por el dolor, se iluminó al ver a los dos amigos:

—¿Qué? Veo que llegasteis a tiempo a la fiesta.

—¿Aun te quedan ánimos para bromear?

—¿Dónde están los otros?—preguntó Johnny.

—Pudieron librarse de la tierra que les cayó encima.

—Echame una mano—pidió Johnny.

Y entre los dos, tras grandes esfuerzos, consiguieron librar a Fog de los pesados escombros que oprimían sus piernas.

Una vez le dejaron en manos del médico que iba con ellos prosiguieron excavando hasta llegar donde se hallaban los demás hombres, entre los que encontraron a Ricky, con algún pequeño rasguño pero sin heridas de importancia, y al bueno de Pop. A éste le sangraba una herida que recibiera en la cabeza.

Consiguieron al fin salir todos del interior del desplomado túnel, y a pesar de su sangrante herida, Pop insistía en que Johnny le contara con todo detalle lo concerniente a sus relaciones con la hija de Alexander.

—¡Quiero saberlo todo ahora mismo!

—Tranquilízate, Pop. Y ve a que te pongan un parche en el casco. Ya te lo contaré todo más tarde.

—No te preocupes por mi cabeza. Todavía puedo tenerme en pie, que es más de lo que puedes hacer tú.

—Hace dos días que no he dormido. Déjame descansar.

—¿Dejarte descansar? Debería apalearte. ¿Ha oído usted algo más estúpido, Ricky? ¿Casarse con la hija de Alexander! Este hombre está loco.

—Al menos es original. Oiga, Pop, ¿sabe que me duele la cara como si alguien me la hubiese pisado? Y creo que fueron sus botas las que me estuvieron acariciando la nariz. Fíjese cómo me la han dejado.

Todos ellos presentaban un aspecto deplorable: unos a consecuencia de haber estado sepultados en el desmoronado túnel, y otros por la dura y agobiante labor realizada. Al llegar junto a su cabaña, Johnny se despidió con voz desfallecida por el enorme cansancio:

—¡Adiós, amigos! ¡Hasta más tarde!

Penetró en la cabaña y olvidándose por completo de todo se tendió en el camastro. Maura esperaba una acogida más afectuosa por parte de su nuevo esposo; pero, comprensiva, se acercó a él y pasó su mano por la sudorosa frente.



— Estas son las especificaciones para la construcción del túnel.



— ¡Atención! ¡Fuego al barrenol!



—Querida prima Ma-  
ra, te presento al señor  
Manros.



La puerta se abrió de  
súbito y apareció en el  
umbral la figura severa de  
Frederik Alexander.





— Es usted muy arisca.  
Tendré que comprarme  
una guitarra y hacerle el  
amor al estilo sudameri-  
cano.

— Tendrás que llegarse la  
noche.

— Y ahora desearía que  
fuese interminable.



—Señor Alexander, el túnel necesita ese encafrado para evitar los desprendimientos de tierra.



Al día siguiente, Maura Alexander y Johnny Munro contratan matrimonio.



— Se trata de algo urgente. Puedes tomar el café por el camino



— A mí, cuatro huevos, nena. Y con mucho tocino.



—Dentro de tres meses  
el túnel estará terminado.  
Y nos marcharemos de  
aquí.



—Hay que salvar a los  
que han quedado sepulta-  
dos en la galea.





— Ahora que ha fracasado con el túnel, querrá que le deje hacer un nuevo ensayo para construir el puente, ¿no?



— Estaba vencido. Era preciso reconocerlo.



— Están hablando de usted, de su peticia y de su audacia



— Pasaremos la luna de miel donde tú quieras.

—¿Estás herido?

—No. Sólo carisado.

Segundos después, confortado con la suave caricia, Johnny dormía tan plácidamente como lo hiciera ella en sus brazos la noche aquella en que, habiéndose extraviado, se disponían a pasarla en el bosque.

### UNA EXTRAÑA LUNA DE MIEL

A la mañana siguiente, muy de mañana, Maura se levantó y se dispuso a poner un poco de orden en la cabaña mientras María, la buena mujer que hasta entonces se había encargado de cocinar para Johnny, preparaba el desayuno. Maura estaba dispuesta a amoldarse a su nueva vida, confesándose a sí misma que gustosa dejaba las comodidades que la rodeaban en casa de su padre a cambio de la satisfacción de dedicar su vida a su marido.

Cuando el desayuno estuvo preparado y se disponía a sentarse a la mesa, una simple ojeada a las bandejas la convenció de que allí había suficiente comida para un copioso almuerzo, y extrañada preguntó:

—María, ¿por qué ha preparado tanta comida sólo para dos personas?

—Señorita, usted aun no conoce bien a su marido. Verá cómo a él le parecerá poco.

Johnny se sentó a la mesa animado y contento después del sueño reparador, y pidió alegremente:

—A mí sirveme cuatro huevos con tocino.

—¿Cuatro, Johnny?

—Sí, mamá. Y con mucho tocino.

No había duda de que en este sentido María conocía mejor a su marido que ella misma. Mientras le servía se sentía completamente feliz. Recordaba la hora del desayuno en casa de su padre. Es verdad que el servicio era inmejorable y los alimentos más

apetitosos y de su agrado, pero se sentía demasiado sola para disfrutar de aquella hora matinal. En su antigua casa se había sentido siempre demasiado sola. Su padre la quería, eso le constaba, y aunque la atendía en todo cuanto materialmente le era necesario, nunca se había preocupado de que en aquella señorial mansión no faltase ese calor de hogar que prestan las madres con sus solicitudes aun a las cabañas más miserables. Y por desgracia, perdió a su madre siendo aun una niña. Pero aquello había terminado. De ahora en adelante al lado de Johnny se sentiría acompañada y querida.

Besó tiernamente a su marido, y cuando se disponían a desayunar, apareció Pop bastante agitado, gritando desde el portal:

—Johnny, el soplador se ha estropeado y no puedo usar la pala para el gas... Perdono, buenos días, señora—se disculpó al darse cuenta de la presencia de Maura.

—Espera un momento, Pop. Aun no me he desayunado.

—Desayunarás más tarde.

—Déjame tomar una taza de café.

—Llévate el café a las obras. Se trata de algo importante. Y dirigiéndose a Maura, que le miraba muy extrañada:

—No tendrá usted inconveniente, ¿verdad? Puede tomarse el café en el camino.

—Bueno, nenita; pon un plato sobre los huevos. Volveré dentro de unos minutos.

Los dos hombres salieron disparados mientras María, puesta en jarras y con el ceño fruncido, se lamentaba:

—Todas las mañanas pasa lo mismo. Le preparo huevos. Vienen a buscarle con prisas porque ocurre algo. El se va y tengo que comérmelos yo. Detesto los huevos.

Lo que le producía un verdadero desasosiego era ver cómo después de un largo día de trabajo y de haber descansado muy pocas horas, venían en busca de Johnny a primeras horas de la madrugada y le obligaban, día tras día, a interrumpir su nunca compensado reposo.

Aquella misma mañana decidió no despertarlo hasta las ocho, pues hacía varios días que el exceso de cansancio se distinguía visiblemente en su rostro. Estaba decidida a velar por la salud de



su marido. Pero cuando éste se despertó, tuvieron uno de sus primeros altercados.

—¿Por qué no me has despertado, Maura?

—Anoche llegaste muy tarde y dormías tan a gusto.

—Ya te dije que no lo hicieras. ¿Ha venido Pop esta mañana?

—Sí; y le dije que podría verte a las ocho: antes no.

—¡Pero si le dije que viniera a las seis! ¡No tenemos railes! ¡El encargado de la vía se pegará un tiro!

En plena excitación, iba subiendo el tono de voz hasta convertirlo en desaforados gritos. Y ello bastó para que los nervios de Maura, siempre en tensión, se desataran también. Mediarón algunas palabras entre los esposos. Era su primera disputa.

Pero se querían demasiado para que ésta durase más de unos breves minutos, y ya reconciliados, uno en brazos del otro, se quejaba la joven esposa:

—Si nunca estás a mi lado.

—¿Nunca, nenita?

—Casi nunca. Por la mañana, cuando yo me despierto, tú ya estás fuera de casa; diez minutos a la hora de almorzar, si es que vienes a almorzar; luego, otros diez minutos a la hora de la cena, durante la que te rinde el sueño y el cansancio, y otra vez vuelves a esa horrible montaña.

—Pero te veo algunos momentos por la noche.

—Sí, pero llegas a causarme miedo. Anoche te sentaste en la cama, gritando: «¡Cuidado! ¡El techo se derrumba!» En tus sueños hablas con Fog, con Joe; con todos menos conmigo.

—¡Nenita!

—Este no es modo de vivir. Es una vida de angustia, contratiempos, prisas. No podemos continuar así, Johnny.

—¿Lamentas la prueba por que estás pasando? Sólo faltan tres meses, nena. Dentro de tres meses, el túnel estará terminado y nuestra vida será más normal.

—Sólo tres meses. ¿Me lo prometes?

—Sólo tres meses más.

Se separaron contentos y esperanzados. Cuando Johnny salía de su cabaña, saludó a Ricky, que entraba a visitar a su prima.

Maura se sentía feliz con la promesa que le hiciera Johnny y comunicaba sus esperanzas al primo predilecto.

—Quizá tengas razón, Ricky. Esta vida no es para mí, pero no durará. Dentro de tres meses habrán terminado y nos iremos a su país.

—¿Dentro de tres meses?

—Sí. Y voy a conocer a su madre. El dice que su casita me gustará.

—¿Conque tres meses, eh?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Maura, no sé cómo calculáis, pero si Johnny consigue terminar las obras dentro de un año, podrá decir que ha tenido mucha suerte.

—Tú no conoces a mi Jonny. Está trabajando día y noche para terminar esas obras.

—Y tu padre trabaja día y noche para que no las termine.

—¿Te refieres al retraso en las entregas de materiales? Johnny lo ha arrojado. Ayer recibimos un vagón de tuberías.

—Sí; recibió un vagón cuando necesitaba tres. ¿No comprendes lo que hace tu padre? Si quisiera, podría dar por terminadas las obras esta semana. El ferrocarril es suyo. ¿Has visto alguna vez un gato jugando con un ratón? Lo coge, lo suelta, lo vuelve a atrapar...

—¿Tanto me odia?

—No sé, Maura. Sólo sé que Johnny podrá considerarse muy afortunado si consigue terminar las obras algún día. ¡Y no digamos en tres meses!

—Jonny dijo tres meses, y yo confío en él.

### UN NUBARRON QUE AMENAZA TORMENTA DE ALMAS

Pasaron los tres meses de plazo que Johnny se impusiera y las obras continuaban igual o peor. El trabajo de varios días quedaba destruido en uno solo a un nuevo desprendimiento de

tierras. Pero Johnny seguía obstinado e infatigable procurándose algún que otro envío de material, que pretendía retener el padre de su esposa. Esta iba desanimándose a medida que el tiempo transcurría sin esperanzas de lograr mayores adelantos en la construcción del dichoso túnel. Perdía de continuo la paciencia para volver de nuevo a esforzarse en no mostrar su desaliento ante su marido, al que veía cada día más fatigado y furioso por las trabas que de continuo ponían en su camino.

Acostumbróse Maura a llevarle, la mayoría de los días, el almuerzo al lugar donde trabajaba. Y entre los penosos quehaceres de la casa, las dominatas a las obras y las largas esperas llenas de zozobra, temerosa siempre de que llegara «Chico», presuroso, comunicándole nuevos derrumbamientos, transcurría la vida de la que había sido hija mimada y rica heredera.

Varias veces habíale prometido Johnny hacer juntos una pequeña excursión por los alrededores, y esta promesa hacía pasar unas horas felices, pensando en el íntimo almuerzo siempre soñado, y en retener la atención de su marido sobre ella durante unos momentos de ansiada felicidad. Pero siempre surgía algún inconveniente en el último instante que echaba por tierra las ilusiones de la joven enamorada.

Aquel día se había frustrado de nuevo la ansiada excursión y Maura, triste y resignada, se dirigía a las obras cargada con un cesto en el que llevaba el almuerzo de Johnny.

Al llegar cerca del túnel la enteraron de que al caer unas rocas habían herido a Pop, y el disgusto y malhumor de Johnny eran bien patentes. Cuando Ricki, que había acudido para prestar ayuda, le preguntó por el estado de Pop Mathews, respondió agresivo:

—Está bastante mal. Cuando vea a Alexander dígame que puede descorchar una botella de champaña. Estoy seguro de que hoy será un buen día para él. Y para usted también.

—¿Porqué dice eso? Yo estoy de parte de usted.

—¿Y quién le dijo que quiero que esté de mi parte? No le necesito ni a usted ni a nadie de su ralea. Para mí todos ustedes son una pandilla de... —Se interrumpió al ver el rostro suplicante de su mujer, y se excusó: —Lo siento, Maura, pero a

veces pierdo los estribos. Lo siento. — Y se alejó a toda prisa para acompañar a su socio al hospital.

Maura estaba dispuesta a perdonar, pero en contra de su propia voluntad las ofensivas palabras dichas por su marido en un momento de obcecación, pesaban sobre ella como una losa que la distanciaba de él.

Pero al día siguiente volvía a llevarle el almuerzo a Johnny con la abnegación de una esposa verdaderamente enamorada. Este, enfrascado en su trabajo, le prestaba la mínima atención, y los sollozos pugnaban por salir de la garganta de Maura.

Johnny seguía dando órdenes:

—Dile a Curly que las válvulas de pie están sólidamente fijadas en el río.

—Perdona, Maura. «Chico»: ve al cobertizo y tráeme ropa seca, ¿quieres? Y tráeme algunos cigarrillos.

—Hace un mes que fumo.

—¿Ah, sí? Pete: te están esperando en la galería. Ve y alzázalos.

—Pero si he agotado los raíles.

—Maura, ¿no dijiste a Chávez que envíe un camión con los raíles?

—No he visto a Chávez.

—¡Pero, Maura! Esta mañana mientras nos desayunábamos...

—No te ha visto durante el desayuno.

—Pues ayer, anoche, no sé cuando, te dije... Bueno, arréglese con lo que tenga. Esta noche iré a buscar yo mismo los raíles.

Se volvió airado contra Maura:

—¿Por qué no haces lo que te digo?

—¡Pero, Johnny...!

—Hablar con Chávez era cuestión de cinco minutos. Si no quieres hacerlo, ¿por qué no lo dices?

Al darse cuenta de su rudeza quiso remediarlo acercando sus labios a la mejilla de su mujer, pero ésta se sentía desfallecida y sin ánimos para proseguir soportando tantos desaires y calamidades.



—Johnny, ¿quieres decirme cuándo nos marcharemos de aquí?

—Pronto, nenita.

—¿Cuánto tiempo tardaremos?

—Unos treinta o sesenta días. ¡José! Vaya al río y échelos una mano hasta que salga Curly.

—Eso ya lo dijiste el mes pasado—insistía ella.

—Y hablaba en serio. ¡Jim! Llévese un par de hombres a la central eléctrica para que le ayuden... Hemos perforado la parte más peligrosa, Maura. Esta noche, a más tardar mañana, dos barrenos más y ya estará el camino despejado.

—¿Y luego?

—Trabajaremos aprisa a través de la montaña. Treinta, sesenta días como máximo.

—¡Treinta días, sesenta días! ¡Cuántas veces me has repetido lo mismo. Hace más de tres meses me dijiste que en estos momentos estaríamos camino de los Estados Unidos. He esperado, he creído en tus palabras, he procurado vivir en tu mundo de locura, pero ya no resisto más, Johnny. No resisto más.

—¡Cállate, Maura!

Pero ella seguía hablando, exaltándose y sollozando:

—¡Polvo, ruido, barrenos, hombres que mueren! ¡Si me quedo aquí por más tiempo me volveré loca! ¿Me oyes, Johnny?

—¡Cállate!

—¡No quiero! ¡Voy a perder la razón!

—¡Cállate, Maura!

—¡No quiero! ¡No quiero!

—No digas tonterías. ¿No tengo ya bastantes dolores de cabeza para que ahora te den a ti ataques de histerismo?

—Dijiste tres meses—sollozaba ella.

—Sí; dije tres meses y lo decía en serio. Pero eso fué antes de que tu padre me declarase la guerra. Estoy sin ralles, sin maderas, sin tuberías, ¿con qué crees que voy a construir el túnel? ¿Con saliva y chiclets?

—Si me dijeras que podía hacerlo te creería.

—Pues entonces, créeme Maura. Estoy haciendo cuanto puedo. Y si me quieres, no me des la lata a cada momento. Déjame en paz cuando estoy trabajando.

—Johnny...

Se dejó oír un ruido sordo que provenía del interior del túnel y Johnny corrió a toda prisa hasta la entrada, donde encontró a Joe que salía con un hombro ensangrentado.

—Se derrumbó el techo de la galería, Johnny.

—¿Qué tienes en ese hombro?

—No es nada.

—¿Se ha derrumbado mucho?

—Lo suficiente para mandarlo todo a paseo. Estamos listos.

—¿Qué significa eso, Joe? ¿Por qué estamos listos? No es la primera vez que perdemos un techo.

—No. No es la primera. Es la última. Porque tenemos rocas en todo el trayecto.

—Excavaremos cuanto sea necesario.

—Tardaríamos un año por lo menos.

—¡Muy bien! Pues estaremos durante un año. Pero no me digas que estamos listos.

—No bromeo, Johnny.

—Ni yo tampoco. ¡Haré este túnel aunque invierta en él cincuenta años!

## UNA DESGRACIA TRAS OTRA

Cuando Johnny se adentró en el túnel se percató de que todo cuanto hiciese sería inútil. Sacar los enormes montones de escombros representaba una tarea impropia en la que, además de invertir muchísimos días representaría perder el tiempo. Sin el revestimiento solicitado y que le negaron, nunca podría construir el túnel.

En el rostro de muchos de los obreros que habían salido indemnes se notaba el desaliento y el temor, y algunos de ellos se atrevieron a comunicar sus temores a Johnny amenazándole incluso con abandonar las obras. Este había perdido ya los es-

tribos y cada vez que intentaban hacerle comprender la inutilidad de continuar los trabajos, se encolerizaba. En el preciso momento en que salía al exterior de las excavaciones, Maura le oyó gritar:

—Si le parece que este trabajo es demasiado duro y expuesto, pida su paga y lárguese, pero no me molesten más.

Maura intentó acercarse a él:

—Jonny, yo...

—¡Déjame en paz! ¡Vete!

La brusquedad con que su marido la apartó de sí, la dejó suspensa; y durante unos minutos permanecía indocisa en el mismo lugar. Vió cómo Chávez se acercaba a él y le comunicaba algo que excitó aun más si cabe a Johnny, quien a toda prisa y atropellando cuanto encontraba a su paso, volvió a adentrarse en las excavaciones.

Maura detuvo a Joe, que también se disponía a entrar en el túnel, y preguntó:

—¿Qué ocurre ahora, Joe?

—Le tocó a Curly.

—¿Muerto?

—Cómo no va a estarlo si tiene una montaña sobre el pecho.

—Joe, es inútil que mi marido intente continuar esto. No conseguirá nada. Hay que disuadirle.

—Eso es fácil decirlo, pero ni usted ni nadie lo conseguirá. Ya oyó su contestación: «Pida su paga y lárguese». Si yo tuviera sentido común es lo que haría. Y si usted lo tuviera, haría lo mismo. Lárguese de aquí. ¿Por qué no sigue mi consejo y se va?»

Cuando Joe la dejó, Maura quedó pensativa unos instantes, al cabo de los cuales pareció reaccionar y con paso decidido se dirigió a su cabaña.

Al llegar a la galería desplomada, Johnny vió a Curly tendido en el suelo aprisionado entre los escombros. A su lado se encontraban ya el médico y dos de sus compañeros. El primero se acercó a Johnny para decirle en voz baja:

—No hay esperanza.

Acababa de darle una inyección al herido y procuraba animarle:

—Eso le calmará.

—Sí; así podrás dormir y cuando despiertes te encontrarás en una magnífica cama del hospital.

—Y te buscaremos una enfermera guapa y rubia —añadió Joe.

Pero Curly, que se percataba de la gravedad de su estado, murmuró:

—¿Desde cuándo nos engañamos unos a otros?... Oiga, Johnny, hágame caso. Deje todo esto tal como está. Nadie puede perforar esta maldita montaña. No lo intente más, por favor.

—No sé qué decirte, Curly.

—No diga nada. Lo único que debe hacer es volver a estudiar aquellos magníficos planos que me enseñó, y empezar a construir el puente.

—¿Te sentirías un poco feliz si te dijera que así lo haré?

—Mucho.

—Pues te lo prometo.

—Gracias, Johnny. Quisiera pedirle otro favor, ahora que le tengo en mis manos... Déjeme aquí, Johnny. Me dan miedo los cementerios. Siempre, desde niño, me han dado miedo.

Recostó la cabeza en una de las vigas y ya no dijo nada más.

Johnny se dirigió a su mejor dinamitero:

—¿Cuántas cajas de dinamita tienes?

—Treinta.

—Es curioso. Es la edad que tenía Curly. Colócalas todas.

Salieron al exterior y minutos después la dinamita hacía explosión. La obra se derrumbó definitivamente. Bajo sus escombros quedaba sepultado para siempre el cuerpo de Curly. El espectáculo impresionaba por su grandiosidad; Joe, emocionado como todos, murmuró:

—Si uno supiera hacer poesía... diría que esta montaña desmoronada es el monumento de Curly.

Johnny se dirigió con paso lento hacia su cabaña. Su aspecto era el de un hombre vencido, agotado. El recuerdo de sus compañeros muertos parecía minar por completo sus ensigias. Sentía grandes deseos de hallarse en su hogar, adonde iba en busca del consuelo que su esposa sabría proporcionarle en estas ho-



ras difíciles. No bien hubo abierto la puerta, llamó con voz entrecortada: «¡Maura!». Su voz parecía la de un muchacho en demanda de protección. Pero nadie contestó. Y como repetiera su llamada, apareció «Chico». Este le enteró en voz baja:

—Maura no está. Se ha ido a casa de su padre.

Johnny comprendió entonces que, al igual que la traidora montaña, algo acababa de desplomarse en su interior.

### UN HOMBRE CON DECISION

Cuando la señorita Braithwaite comunicó a Alexander que su hija había vuelto al hogar paterno, éste sonrió con satisfacción:

—¿A qué hora llegó a casa?

—Después de media noche.

—¿Por qué no me despertaron?

—Porque ella me rogó que no lo hiciera.

—O sea que ha dejado a su marido. Ha venido para quedarse, ¿eh?

—Sí.

—Bueno. El asunto ha quedado zanjado.

—No se olvide usted añadir: «Ya te lo advertí»—recalcó la institutriz con una sonrisita sarcástica.

Alexander hubiera puesto coto a la excesiva confianza que se tomaba la señorita a no ser por la llegada de su hija, pálida y ojerosa, que presintiendo lo que ocurría pidió a su institutriz:

—Dispénsenos un momento, por favor.

—Me alegra verte en casa, Maura.

Seria y muy segura de sí misma, pero sin disimular el rencoroso pesar que le producía la conducta de su padre, se encaró con éste:

—Bueno; ya lograste lo que te habías propuesto.

—Siéntate, Maura. Estás nerviosa. Lo comprendo. Pero creo

que si hablamos de ello tranquilamente durante unos minutos...

—¿Qué sensación te produce ser responsable de la muerte de un hombre?

—¿Qué hombre?

—El que murió ayer en el túnel. Tú tienes la culpa de ello, lo mismo que de todo lo demás.

—¡Pero Maura!

—¡Sí, tú! Casas a tu hija con un hombre y luego pones un mundo de obstáculos entre ambos. Es tan fácil para ti. ¡Sin tuberías, sin raíles, sin maderas! ¡Sí, tú! ¡Tú has matado a Curly!

—Es una acusación muy seria, Maura, y no es cierta.

—Ellos te pidieron un revestimiento de hormigón y tú te negaste a concedérselo.

—No tengo costumbre de discutir mis decisiones, pero ya que pareces estar mal informada, te diré que no sólo Ricky, sino también seis otros ingenieros de fama, convinieron en que no era necesario. Yo estuve de acuerdo con ellos, y también lo estuvo en el momento de firmar el contrato el hombre con quien te casaste.

—Pero luego se dió cuenta y te pidió...

—Escucha, Maura; nadie obligó a Munroe y a Mathews a construir el ferrocarril. Muchas otras firmas querían el contrato, pero la oferta de tu marido fué la más baja. Las obras empezaron. Luego, como cuido del cielo, insistió en añadirles un revestimiento de hormigón.

—Y demostró que tenía razón.

—Después que el daño se había producido. Podía haber cerrado las obras en cualquier momento.

—Es lo que tú deseabas, pero también sabías que él no haría nunca eso.

—Entonces, ¿qué le hizo pensar que yo abandonaría mi posición? ¿Es que juzga a todos los Alexander por la que tomó por mujer?

Alexander no intentaba lastimar de modo tan hondo a su hija, pero lo consiguió sin proponérselo. Esta bajó la cabeza avergonzada.

—Perdóname, hija mía.

—No te disculpes. Lo mejezco. Lo abandoné. Huí de su lado.

—Será más propio decir que has regresado a casa. Que Munroe y todo lo relacionado con él forma parte del ayer.

Cortó la efusión de padre e hija la entrada de la señorita Braithwaite anunciando que Munroe esperaba ser recibido.

Este había pasado la noche bebiendo. El alcohol fué el único lenitivo que encontró para su dolor. Y a la mañana siguiente, su carácter había sufrido una completa transformación. Brusco y altanero había recibido la visita de Ricky.

—Joe me contó lo ocurrido, señor Munroe.

—¿Ah, sí?

—También me contó que se proponía usted construir un puente. Yo creo que podría ayudarlo a conseguir su propósito, Johnny.

—¿Ah, sí?

—No es necesario entrar en detalles ahora, pero estoy convencido de que conseguiré el conforme de Alexander si está usted dispuesto a intentarlo.

—Ya en otra ocasión le escuché a usted y transigí con Alexander. Por haberlo hecho ha muerto Gurly. A partir de este momento no voy a escuchar a nadie. Yo construiré el ferrocarril, ¡pero lo construiré a mi manera! ¡Váyase!

La violenta actitud de Johnny no admitía réplica y Ricky abandonó la cabaña sin añadir palabra. Pretendió ignorar la presencia de su esposa, haciendo caso omiso de ella, y se dirigió resueltamente a su suegro.

—He cerrado el túnel.

—¿Y qué desea? ¡Ah, ya! Habiendo fracasado con el túnel, supongo que viene a pedir que le deje hacer un nuevo ensayo por construir el puente, ¿no?

—Algo por el estilo.

—¿Estuvo usted bebiendo?

—Bastante. Aquí tiene las especificaciones para el puente. Me gustaría que las examinara esta noche y las aprobara. Quiero empezar las obras mañana por la mañana.

—¿Y usted espera que yo ponga mi firma en estos papeles?  
¿Por qué supone que lo haré?

—No tiene otra alternativa. La montaña se ha derrumbado sobre su túnel y sobre cada centavo que ha invertido en él. Si tiene que construirse un ferrocarril que llegue hasta las minas, pasará por el puente...

—Que será construido por otra empresa.

—Lo dudo. Porque yo construiré el puente con el resto de los fondos asignados para el túnel. ¡Y en el mismo espacio de tiempo!

—¿Está usted loco!

—Sus accionistas no pensarán así, mientras yo construya el ferrocarril por el coste original. Especialmente ahora, que su túnel ha demostrado ser un fracaso.

—¿Por qué no admite que ha quedado vencido, Munroe?

—¿Cuándo puedo empezar el puente?... Consúltelo con la almohada.

Y salió del despacho con la misma prisa con que se había introducido en él, dejando estupefacto a Alexander.

## CUANDO EL ORGULLO PUEDE MAS QUE LA RAZON

Las obras para la construcción del puente comenzaron al día siguiente, tal y como Johnny se había propuesto. Pero los anteriores acontecimientos le habían cambiado por completo. Era otro hombre; un hombre desconocido por todos, al que no le importaba la seguridad personal de sus trabajadores si con ello se beneficiaban las obras, y que exponía su propia vida y la de los demás en todo momento, sólo con el fin de adelantar en unas horas el trabajo. Para suplir la vacante de Fog, que continuaba en el hospital, contrató a uno de los peores encargados que conocía: Harry Holden. Este hombre estaba considerado por todos como un verdadero tirano; desconocía lo que era la com-



pasión y desde que le nombraran encargado imponía un trabajo rápido, continuo y extenuador a todos los trabajadores.

Era cierto que las obras adelantaban a una velocidad increíble, pero también lo era que todos estaban descontentos y, lo más lamentable, enfermos por las intolerables exigencias de Holden, quien dicho sea de paso, no hacía más que obedecer las órdenes del ingeniero Munroe. Este iba de un lado a otro, enterándose de todos los pormenores y acuciando a su encargado cuando lo creía pertinente.

—¿Cómo va el trabajo, Holden?

—Hay un gran revuelo por ahí. Los mineros se quejan del polvo que desprenden las rocas, y que produce la silicosis, la consunción del minero. Piden que se ponga agua en los barrenos para evitar el polvo.

—Los barrenos secos van más rápidamente. Nada de agua. Dígaselo a todos.

—Ya se lo he dicho. Pero uno de ellos conoce las leyes y...

—Pues despídale.

—A los demás no les hará mucha gracia.

—Eso es cosa suya, Holden.

—Está bien...

Continuaron su paseo de inspección.

—Señor Munroe, ¿qué hacemos con esa vagoneta? Se le pone tanta sobrecarga que un día u otro se vendrá abajo.

—Entonces sólo perderemos un poco de arena y cemento. Mientras que entre tanto ahorramos un centenar de horas.

—Sí, ¿pero quién recibirá la paliza por los hombres que perdemos?

—¿Le preocupa?

—Los hombres no, pero la paliza sí.

—Si le contraté, Holden, fué porque me dijeron que era usted un hombre de gran carácter que se imponía a los trabajadores y sacaba de ellos todo el rendimiento posible, y aun imposible.

—No le informaron mal.

—Pues entonces, adelante con el trabajo. Yo me cuidaré de las sanciones.

Continuó la inspección. Al llegar junto a Joe se mostró extrañado al ver que éste, ya preparado el barrero, estaba inactivo sin prenderle fuego.

—¡Eh, Joe! ¿Por qué no prendes el barrero?

—Estoy esperando que el encargado saque al equipo de allí.

—No te preocupes. No los mandará salir de allí. Dispara.

—Pero es que esos hombres están demasiado cerca.

—No opino igual. ¡Dispara!

Y al ver que el dinamitero no se atrevía a dar la orden, gritó él mismo:

—¡Fuego al barrero!

La explosión se produjo tan cerca de los hombres que componían el equipo señalado por Joe que casi todos ellos dieron de bruces en el suelo. El sobrasalto y la inmensa polvareda que los rodeaba les impedía levantarse, pero el único aliento que recibieron fueron los gritos de Johnny:

—Pónganse sus cascos de acero. Para eso sirven.

Joe se limitó a decir seriamente:

—No vuelva a hacer eso, Johnny. No, mientras me encargue yo de los barreros.

—¿No te gustó?

—No.

—¿Por qué no te marchas?

—Me quedo para ver lo duro de corazón que puede ser un hombre.

—Pues, quédate. Pero así es como seguirán haciéndose las cosas, Joe. Quizá un poco peor aun.

—Le convendría estar más en contacto con los trabajadores.

Johnny prosiguió su camino y al llegar al exterior del puente se encontró con Alexander. Este contentó, a modo de saludo:

—Aquellos hombres estaban muy cerca del barrero, ¿no le parece?

—¿También usted? No sabía que se interesara por las construcciones. ¿Quiere que le explique algunos detalles?

—No es necesario. Yo construí el ferrocarril que le trajo a usted a Tenango.

—No sabía que fuese ingeniero.

—Hay muchas cosas que no sabe respecto a mí.

—Tendrá que reconocer que estoy aprendiendo aprisa. —Y señalándole las obras—. ¿Qué le parece?

—El puente sigue bien. Pero comete usted un fraude: en cada uno de los factores de seguridad. Toma usted decisiones muy peligrosas, Munroe.

—Yo le construyo un puente. Cuando esté terminado podrá decir si está bien o no antes de efectuar la liquidación. Pero los métodos que empleo en su construcción son asunto mío.

—Pero resulta que hoy una o dos personas más interesadas en esta aventura. Y no me refiero al Consejo de Administración.

Pasaba entonces ante ellos una vagoneta en la que iban algunos trabajadores. Indicándoles con el gesto, preguntó Johnny:

—¿Se preocupa por ellos?

—Francamente, sí. Y por usted también. Puede comprender, Munroe, que no me será fácil decirle lo que voy a decirle. No he sido nunca su amigo ni admirador suyo, pero últimamente he llegado a interpretar su actitud de un modo distinto.

—Pues para mí es usted el mismo de siempre.

—No sea niño, Munroe. Yo conozco este país mejor que usted. En cuanto llegan las lluvias el río sube de nivel unos ocho, diez, a veces quince pies. Lo he visto bajar por este cañón rugiendo como una fiera en loca huida. No escatime los cimientos. Hágame caso.

—Serán buenos.

—Hágalos mejor. Utilice acero en la apertura del arco. Si es necesario le daré una prórroga de noventa días. Pero haga un buen trabajo.

—¿Que me dará una prórroga de noventa días? Ya me hizo un favor otra vez: mi boda. Desde entonces voy con mucho cuidado con lo que acepto de los Alexander. Gracias, no me interesa.

Y con una sonrisa despreciativa y la brusquedad que le eran características desde el día en que a la desgracia ocurrida en el túnel se sumara la huida de su mujer, se alejó de nuevo hacia las obras dispuesto a hacer sentir a los hombres su pesada mano de acero. Realmente, era otro hombre.

## LAMENTABLE TRANSFORMACION DE UN CARACTER

El puente presentaba un magnífico aspecto y Fog Harrison lo contemplaba a medida que iba avanzando apoyado en un bastón. Las lesiones que le produjera en las dos piernas uno de los derrumbamientos en que era pródigo el dichoso túnel, estaban ya curadas, pero para andar le era necesario ayudarse con un cayado. Sus antiguos compañeros le recibieron cordialmente, pero quedó muy sorprendido al darse cuenta de que la mayoría de los obreros le eran desconocidos, por lo que preguntó:

—¿Quiénes son todos esos, Chávez?

—Forasteros. Holden, el nuevo encargado, los ha traído. Este ya no es aquel campamento feliz que tú dejaste, Fog.

—Algo me han contado. Pero supongo que exageran.

—No sé. Lo dudo.

Vió a lo lejos a Pop Mathews y se dirigió a él con alegría:

—¡Hola, Pop! ¿Te acuerdas de mí?

—¡Vaya! ¡Bienvenido, valiente!

—Tú estás como siempre, Pop.

—En cambio, tú tienes mejor aspecto. Eso —señalando al bastón— es un buen anzuelo para las mujeres.

—Lo mismo dijeron las enfermeras.

—Vamos, Fog. Voy a presentarte a Holden.

Este le recibió con frialdad, y fijando su mirada de modo impertinente en el bastón dijo:

—Johnny me ha hablado de usted. El encargado de personal le dará un número. Le daremos el empleo de vigilante nocturno.

—¿Vigilante nocturno?—se sorprendió Joe, que trabajaba allí cerca—. Pero señor Holden, si era jefe de equipo antes de ingresar en el hospital.

—Yo le daré un empleo, Holden—intervino Pop—. El de jefe de construcción al otro lado del río.



—¿Que usted le dará un empleo? Oiga, Mathews, no quería darle un disgusto, pero es usted un latoso, una plaga. Yo le hubiera echado de aquí hace más de un mes, pero Johnny me pidió que me quedara con usted.

—¿Que Johnny le pidió que se quedara conmigo?

—Si quiere oírlo de sus labios, pregúnteselo. Ahí viene.

Asombrado y resentido, Mathews preguntó a su socio cuando éste se hubo acercado:

—Oíste lo que dijo Holden, ¿no? ¿Tú le pediste que se quedara conmigo?

El interpelado se volvió con gesto desabrido a su encargado, recordándole:

—Creí haberle dicho que guardase silencio respecto a eso.

—Bueno; pues ya lo he dicho.

No pudo continuar porque Johnny le propinó un fuerte puñetazo en la mandíbula. Luego se dirigió a Fog:

—Ya ve que estoy construyendo un puente. ¿Quiere un empleo, Fog?

—¿Con usted? ¡No, Johnny! Hemos terminado. Ya sé y he visto demasiado.

Joe, el dinamitero, le detuvo al tiempo que volvía la espalda para alejarse de allí. Llamó a dos de sus mejores compañeros:

—¡Eh, Buzz! ¡Bill! Vámonos de aquí. Vamos a buscar otro empleo.

Los dos acudieron sin la menor vacilación al lado de Joe, y los cuatro trabajadores se alejaron de allí sin justificar con una sola palabra su conducta y mirando despreciativamente a Johnny. Este sonrió con ironía y volvióse hacia su socio:

—Supongo, Pop, que tú también me abandonas.

—No. Todavía soy tu socio... hasta que te diga lo contrario.

\* \* \*

Satisfecho porque había logrado lo que se proponía, Johnny decidió pasar aquella noche en Tenango con los muchachos. Era allí día de fiesta y el hotel estaba lleno a rebosar. Todo el pueblo habíase congregado allí para celebrar la fiesta de la In-

dependencia, por lo que Hernández, el gerente, comenzó a balbucear excusas cuando se encontró frente al norteamericano y sus hombres, ya que no cabía duda que venían dispuestos a celebrar su victoria en la forma que acostumbraban: bebiendo durante toda la noche y destrozándolo todo cuando el alcohol les había privado ya de la razón.

Pero de nada le sirvieron a Hernández sus complicadas excusas y al fin se encontró con toda la pandilla dentro del hotel: molestando unos a los invitados en el gran salón de baile, disputándose los otros los mejores puestos en la barra del bar y, a los pocos minutos, armando toda camorra con el vecino. Entre el discreto murmullo de las parejas, sobresalían las voces de los muchachos que bebiendo sin freno se desquitaban de la pésima vida que llevaban en el campamento.

—¡Otro whisky, camarero!

—Y aquí otro.

—Pero si ya has bebido mucho. Este es el sexto.

—Y tú vas por el quinto.

—Camarero: será mejor que dejes la botella aquí. Nos serviremos nosotros mismos.

—Venga, señor Munros. ¿No quiere beber una copita con nosotros?

Y éste, que ya había bebido varias «copitas», vació de un sorbo el vaso que le ofrecían.

Atraído por los gritos, acudió Ricky al bar con intención de impedir que el alboroto fuese en aumento.

—¡Hola, Johnny!

—¡Hola, Ricky! No ha visitado usted el puente hace días. ¿Está enojado conmigo?

Señalando con la cabeza a los que alborotaban, demandó sin preocuparse en contestar a la pregunta que acababan de hacerle:

—¿Son amigos suyos, Johnny?

—Forman parte de mi personal.

—No creo que su conducta sea muy correcta. ¿Por qué trata de imponernos su presencia y sus gritos?

La voz ronca y gángosa de Holden le hizo volver la cabeza:

—¡Eh, oiga! Si busca camorra, estoy dispuesto a...

—¡Basta, Holden! —terció el norteamericano, imponiendo paz—. Si se ha de insultar a alguien, me encargaré de hacerlo yo. Finjamos no haber oído nada.

Y volvió la espalda al primo de su mujer.

A poco de alejarse Ricky, apareció Pop. Su porte y su semblante, propios del hombre en estado de perfecta normalidad, sereno y seguro de sí mismo, contrastaba con el de los demás. Se encaró con su socio, sin aceptar las copas llenas que le ofrecían:

—Johnny; estuve hablando con Alexander.

—¿Ah, sí?

—Me dijo que te ofreció concederte una prórroga de noventa días y tú la rechazaste.

—No acepto nada que venga de Alexander.

—No; prefieres convertir la obra en una carrera de ratas. Prefieres romper con Fog, con Joe y los demás y rodearte de miserables como ese Holden. ¿verdad? ¿Qué te propones hacer de ti?

—La lucha que he emprendido es muy dura, Pop. Y no es una lucha digna, cara a cara. En esta lucha no hay golpes prohibidos. Se lucha con contratos y teléfonos y cláusulas de plazo fijo. Y mañana, cuando quede colocado el arco principal, yo habré ganado el primer asalto.

—Sí; ya has ganado un asalto. Y has perdido todo cuanto contribuía a hacer de ti un hombre digno, el Johnny Munroe que yo había conocido. Eras un gran constructor, un gran creador. Te he visto idear y construir carreteras, diques, túneles y puentes. He visto cómo hacías surgir algo de la nada. ¿Te he visto construir tantas cosas! Pero ahora...

—¿Qué? Sigue.

—Ahora lo has perdido todo. Ahora estás demoliendo, derribando, en lugar de construir.

—Eso quiere decir que ya estás harto, ¿no?

—Sí. Creo que sí. Cuando vuelvas a la obra, borra mi nombre del letrero. A partir de ahora queda disuelta nuestra sociedad.

El alcohol había enturbiado algo la mente de Johnny y ello impidió que le afectara demasiado el que su socio le retirase su

amistad de modo tan concluyente. Lo único que le importaba ya era prolongar esa semiinconsciencia que le ayudaba a olvidar cuanto de desagradable le había ocurrido hasta entonces. Y siguió bebiendo.

## FRACASO

Ya ni la presencia de su mujer alteraba su ánimo. Vió cómo Maura se dirigía hacia él y le decía en voz baja:

—¿Puedo hablar contigo?

—¿Tú hablar conmigo?

—Sí.

—¿Por qué no?

Pasaron a una habitación contigua donde pudieran hablar con tranquilidad y sin interrupciones.

—¿Qué es lo que quieres?

—Me ha costado mucho revestirme de valor para decírtelo, Johnny. Me he dado cuenta de que no me porté como debía. No tenía razón. No debí dejarte nunca.

—Si tenías razón, Maura. No sé cómo lo soportaste tanto tiempo. ¡Tanto barro, polvo, ruido, gente que moría...

—Es tu vida, Johnny. Me acostumbraré a ella.

—No; no te acostumbrarás. Ni yo tampoco. Me he dado cuenta de que existe una cosa muy importante: el dinero. Y voy a ir en su busca. Quiero ganar mucho dinero. Terminaré el puente y seguiré trabajando, pero no por el gusto de construir como antes, sino por dinero. Y cuando tenga mucho, te volveré a comprar.

Le volvió la espalda precipitadamente y se dirigió de nuevo al bar, dejándola atónita. Aquellas palabras la habían herido tan hondo que ni las lágrimas podían servirle de consuelo. Notó sobre su hombro la mano protectora y acariciante de su padre, y con una sonrisa repleta de amargura comentó:



—Deberíamos sentirnos muy orgullosos, ¿verdad?

—¿Orgullosos de qué?

—De ver lo que hemos hecho de él.

—Hijita, no nos confesemos culpables de algo en lo que no tenemos culpa. Deja a un hombre en medio de la selva y descubrirás en seguida cuál es su verdadera naturaleza. La capa de hipócrita dignidad con que se ocultan algunos dura poco, y la de Munroe no tenía consistencia.

—Aquella era su verdadera naturaleza. Por eso le quería.

—Pero Maura...

—Este hombre que acaba de salir de aquí no es el mismo con quien me casé. Aquel era un hombre franco, alegre, sociable, dispuesto a hacer siempre un favor a cualquiera. Este es un hombre duro de corazón que desprecia a todo el mundo, incluso a los que ayer eran sus mejores amigos. Ya no tiene a nadie a su lado. Está completamente solo.

—Cierto, hija mía.

Se abrió de súbito la puerta de la habitación y apareció la figura asustada y temblorosa de la señorita Braithwaite:

—¡Señor Alexander!

—¿Qué ocurre?

—Llama al señor González, de la mina.

—Bien.

—Dice que de las montañas baja por el río un torrente de tres pies de altura.

Alexander se precipitó al teléfono:

—Póngame con Ricky, por favor. —Y dirigiéndose a Maura: —Llegó la prueba. Bastante más pronto de lo que Munroe se imaginaba.

—¿Y ello te alegra?

—Francamente, sí. La cuestión no era si sabía construir el puente. Cualquiera lo hubiera podido hacer. La cuestión es si aun quedará en pie después que haya pasado el aluvión.

Entretanto, Johnny se encontraba en el bar intentando despertar de su modorra a Holden y a varios de los que le habían acompañado, pero todos sus esfuerzos eran inútiles. Los muchachos dormían a pierna suelta y no les hubiese despertado ni el

ruido de varios cañonazos en el fragor de una batalla. El camarero le ayudaba en su difícil tarea sin conseguir mejores resultados:

—¿Quiere más café, señor Munroe?

—No. Es inútil. Esta noche no volverán en sí. Si les buscara algún sitio donde pudieran pasar la noche sin molestar.

Ricky entró rápidamente:

—Johnny, una avenida impetuosa de agua baja de las montañas. El turbión será cada vez mayor. De momento el torrente que baja por el río es de tres pies de altura. Mi tío me ha dicho que se lo comunicara a usted.

—¿Qué pasa? ¿Le preocupa su puente?

—¿Por qué no había de preocuparlo? Ha invertido mucho dinero en él.

—Para él sería una gran satisfacción ver cómo se hundía. Pero no se hundirá. Aguantará los tres pies.

—Pero es que el torrente no tendrá tres pies cuando llegue allí, sino seis, ocho y hasta diez. Lo he visto así otras veces. Sin el tramo central colocado puede ocurrir cualquier desgracia.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar el agua?

—Unas seis horas. Las sinuosidades del terreno la detienen bastante hasta que llega a la parte más recta. Entonces, el aluvión avanza con gran rapidez.

Johnny no quiso escuchar más y salió disparado hacia las obras. Al llegar allí se encontró a Chávez solo e inactivo. Le reprendió:

—¿No sabe que se avecina un gran torrente de agua?

—Sí. Eso dicen.

—¿Pues qué hace aquí? Llamo a unos cuantos hombres y carguen con el arco principal. ¡Es necesario ponerlo cuanto antes en su sitio!

Chávez titubeó unos segundos sin atreverse a responder, pero al fin se resolvió a hacerlo:

—Los hombres se niegan a acercarse a las obras. Dicen que no quieren correr el riesgo de encontrarse en el puente cuando el torrente lo alcance.

El espectáculo que ofrecía la naturaleza en aquellos momen-

tos era impresionante. Los relámpagos se sucedían prestando una claridad intranquilizadora a la oscuridad de la noche. La lluvia caía torrencialmente y el horrisono retumbar del trueno recordaba el bronco ruido del turbión que en avenida impetuosa invadía las ahora tranquilas aguas del río. Era muy arriesgado efectuar cualquier maniobra en el puente, expuestos a que el torrente les alcanzara, y ninguno de los hombres se atrevió a salir de sus cabañas para efectuar el trabajo que Johnny pedía. Fué inútil que éste ofreciese doblarles el salario. Ninguno respondió a su llamada.

El joven norteamericano no se daba tan pronto por vencido y fiando en su habilidad y el gran empeño y valor que le animaba, se dispuso a colocar él solo el arco central en su sitio. Consiguió que uno de los hombres pusiera en marcha la enorme grúa, alzando la plataforma de los raíles, de modo que él pudiera transportar el arco central hasta dejarlo en su lugar. Por encima de la cañada, Johnny condujo el arco bajo la lluvia persistente, mientras abajo las aguas, como anticipándose al aluvión que se acercaba, se tornaban negras y turbulentas. Uno de los cables empezó a ceder ligeramente. El ingeniero se dió cuenta de ello y trató de precipitar la maniobra. El cable seguía cediendo y Johnny, con la precipitación que requerían las circunstancias, soltó la cadena bajando así el arco, con intención de colocarlo en su sitio, pero a pesar de su destreza y apresuramiento no fué lo suficientemente aprisa y el cable se rompió, haciéndole tambalear en el mismo borde del amazón. El daño estaba hecho. El arco central no había quedado en el centro, que era donde debía ser colocado. Un solo hombre no podía conseguir lo que Johnny se proponía. Se dirigió a los hombres ofreciéndoles más dinero, pero volvieron a rehusar.

—¡Vamos, tráiganme algunas palancas y cadenas de hierro!

Los obreros que presenciaban las peligrosas maniobras del ingeniero se dirigieron a Chávez:

—Dígame que nos negamos.

—La corriente es demasiado fuerte.

—Es muy peligroso.

El encargado gritó:

—Es inútil, señor Munroe. Saben que el torrente se avecina y que el puente se derrumbará.

—Dígales que el agua tardará aun unas horas en llegar. Diez hombres pueden colocar este trasto en un santiamén.

Los hombres seguían negándose.

—Pues cinco hombres. Cinco de ustedes. Cien pesos para cada uno.

No se dignaron ni contestarle.

—Bien, pues tres hombres. Mil pesos para cada uno.

Chávez se acercó a él:

—Ocurre lo que yo le había dicho. Los hombres se apartan de usted. No le tienen confianza ni le aprecian. Siento tener que decirselo, pero quizá haya oído usted mismo sus comentarios. Si se tratase de Fog, Joe o el señor Mathews... Una cosa así se hace por amistad, por convicción, pero no por dinero.

—Quizá tenga razón, Chávez. Déjelo. Gracias.

En un instante comprendió lo equivocado de su conducta durante los últimos tiempos. Estas eran las consecuencias que de ella provenían. Había apartado de sí a sus verdaderos amigos y en estos momentos tan importantes para su prestigio como ingeniero y su palabra de hombre digno no hallaba en torno suyo más que un vacío desolador. Nadie acudiría a su lado y le prestaría la ayuda necesaria. Se dirigió lentamente hacia su cabaña. De pronto se sintió fatigado, agotado, sin ánimos para seguir luchando. Se tendió en el camastro y a los pocos minutos se quedó traspuesto, perdida la conciencia para todo lo exterior, todo lo que no fuera su drama íntimo. Estaba vencido. Era preciso reconocerlo.

### UNAS HORAS DE ANGUSTIA

Atormentábanle en lo más íntimo un tumulto de penosos recuerdos, que le causaban una gran depresión de ánimo y ensombrecían su cerebro. Le parecía que éste iba a estallar. En



plena baráunda insoportable de escenas desagradables; vino a calmarle un sueño feliz. Una mano muy suave acariciábele la frente, y junto a su oído creyó oír la voz de su esposa que en dulce susurro le repetía:

—Te quiero. Te quiero, Johnny.

Unos diminutos labios rozaron con suavidad su mejilla y fué tanta la impresión de realidad que el tierno beso le causó, que entreabrió los ojos para convencerse de si todo ello era un sueño. A su lado, sonriente y dichosa, se encontraba su mujer.

—¡Maura! Creí estar soñando.

—No soñabas, Johnny. Te he dicho y te repito que te quiero.

—No digas eso. No valgo nada. No soy...

—He vuelto para quedarme siempre a tu lado. ¿Me quieres, verdad?

—No es eso, Maura. No quiero que me compadezcas, pero es que... voy a marcharme de aquí.

—¿Piensas abandonarlo todo? ¿No crees que deberías reemprender tu trabajo en el puente?

—¡El puente!

Lo dijo desalentado, como si fuera algo que hubiese quedado muy atrás en su vida y de lo que no quería volver a acordarse. Sonrió tristemente y la atrajo de nuevo hacia sí como significando que de todo su reciente pasado ella era lo único que le quedaba.

Saboreó ella la suave caricia y preguntó:

—Entonces, ¿te vas?

—Sí, pero no inmediatamente.

—Pues creo que deberías volver al puente. A Pop, Joe y Harris no les va a gustar... seguir trabajando solos.

Johnny se puso en pie de un brinco:

—¿Pero es que Pop y los amigos están en el puente?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Y se alejó de la cabaña como un relámpago.

Maura se quedó contemplando la veloz carrera de su marido y sonriendo murmuró:

—No te lo dije antes porque sabía que te alejarías de mí a toda prisa. No me equivocaba.

El enorme cansancio que momentos antes parecía paralizar sus miembros había desaparecido como por encanto. Llegó en un santiamén a las obras y vió sus antiguos compañeros trabajando afanosos bajo la lluvia. Una ancha sonrisa de satisfacción inundó su rostro. Comprendió entonces que había vuelto a recuperar el afecto de sus amigos gracias a su mujer, al poder persuasivo de una mujer enamorada. Se quedó suspendo sin saber qué hacer, ni adónde ir para prestar su ayuda. Ya no era el ingeniero jefe que exigía, sino el compañero dispuesto a colaborar con todos.

—¡Pop! ¿Qué puedo hacer?

—¡Vamos, aprisa, muchacho! No te quedes ahí como un pasmarote. Sube y ayuda a los que manejan la grúa.

—En seguida.

—¡Aprisa! No retrases el trabajo—bromeó Pop.

Fog y Joe le recibieron como si nada hubiese ocurrido entre ellos y para evitar toda efusión de agradecimiento que les hubiera emocionado a todos, bromearon:

—¡Eh, Pop! No deje subir aquí a los turistas.

La pericia y la férrea voluntad de aquellos hombres se impuso al fin y el arco central quedó debidamente colocado. Ya sólo cabía esperar.

No tardó en telefonear Ricky, y Pop corrió a comunicar la noticia:

—¡Johnny! Dicen que el torrente avanza a toda prisa. No tardará en llegar aquí.

—¿Qué altura, Pop?

—Unos diez... Ricky teme que alcance los quince pies. Dicen que arrastra todo cuanto encuentra a su paso.

Fog comentó, mirando hacia el puente:

—No aguantará una oleada de quince pies, ¿verdad, Johnny?

—Quizá lo resistiría si pudiéramos encontrar algo suficientemente pesado que hiciera las veces de lastra.

Viendo sus esfuerzos perdidos, a Joe le pareció mejor bromear:

—Quizá el torrente se detenga y espere un poco hasta que hayamos ido al pueblo y traído toda la fundición de hierro en peso.

Pero si no habían perdido los ánimos, tampoco las esperanzas, por lo que Johnny, señalando la locomotora que había servido para realizar el trabajo en las obras, exclamó:

—Ese tren no es ningún saco de plumas.

—Espera un momento, Johnny—intervino Pop—. ¿No vas a utilizar un tren en perfecto estado de trabajo como lastre?

—Es precisamente lo que voy a hacer. Avisa al personal que lo ponga en marcha.

—Bueno, ahí va otro puñado de la cuenta corriente de Alexander.

La empresa era peligrosa porque ya se percibía, aunque muy lejano, el bramido de las rugientes olas, y dispuesto a no arriesgar la vida de ninguno de sus compañeros, Johnny subió a la casilla del maquinista y condujo el tren hasta dejarlo sobre el arco central del puente. Cuando se apeó vió que era demasiado tarde, que la inundación se precipitaba río abajo y ya había llegado al puente. Comprendió que le sería imposible llegar a la orilla. La única solución que le quedaba era saltar desde el puente a la vertiente del río. Y así lo hizo. En el mismo instante las aguas azotaban la base del puente y la locomotora y el arco central de la construcción se hundían en la turbulenta corriente.

Pero el gesto de Johnny había salvado la construcción. Fortalecida por los vagones de railes, ésta se balanceó, pero no cedió.

Cuando Johnny ganó la orilla, unos brazos femeninos le acogieron en un abrazo emocionado. Junto a su oído la voz excitada de Maura repetía:

—¡No ha cedido, Johnny! ¡Se ha mantenido firme! ¡No ha cedido!

## TRIUNFO EL AMOR

Al día siguiente, cuando Maura abrió una de las ventanas de la humilde cabaña, se dijo que el sol relucía con inusitado esplendor, pareciendo sumarse a la dicha que ella experimentaba. Sonrió al pensar en la necedad de su suposición. En realidad, la magnificencia de aquel hermoso día ninguna relación podía tener con su felicidad. Pero es tan grato suponer que todo, incluso el astro igneo, parece dispuesto a contribuir y a aumentar nuestra dicha! Era ella quien con su alegría desbordante encontraba nuevos atractivos a todo cuanto la rodeaba.

Aquel día el desayuno transcurrió sin interrupciones molestas. Los jóvenes esposos se sentían más felices que el mismo día de su boda. Ella expresó su pensamiento en alta voz:

—Hoy empieza realmente nuestra luna de miel.

—Sí. Hoy empieza nuestra verdadera luna de miel. ¿Te parece bastante que dure quince días, o mejor, un mes?

—No pongamos plazo fijo. Yo quisiera que durase toda la vida.

—Me refiero a una luna de miel completa. A un mes de descanso, tú y yo solos, lejos de todo este trajín de obras y construcciones.

—¿Estás dispuesto a abandonar tu trabajo?

—Sólo por unos días. Los que tú quieras.

—¿Lejos de estos lugares?

—Adonde tú quieras.

—¡Oh, Johnny!

—Pero tenemos que apresurarnos. Esta misma mañana debemos ir a decirselo al presidente de la Compañía.

—A mi padre, Johnny.

—Como quieras. Tú te despides de tu padre y yo del presidente.



Cuando llegaron al despacho de Alexander, les recibió Ricky.

—Amigo Johnny, la Junta está reunida. Estuve intentando decirles que el puente es una maravilla de construcción, pero su suegro...

—¿Quién?

—Bueno, el presidente de la Compañía no cesa de hablar de usted; de su carácter, de su valentía, de su pericia...

La reunión de la Junta parecía haber cesado y apareció en la puerta Alexander. Maura lo abrazó mientras le decía:

—Papá, hemos venido a despedirnos de ti. Nos vamos. Queremos pasar lejos de aquí nuestra luna de miel.

Abrazó tiernamente a su hija:

—Adiós, Maura. Tu felicidad lo es todo para mí. Y ahora sé dónde la encontrarás.

Ante la extrañeza de Johnny, su suegro le tendió la mano, y no dudó en estrecharla.

—Adiós, Munroe. Me tiene mucha antipatía, ¿verdad?

—Más de la que supone.

—También usted me es antipático. Pero lo bueno de nuestra mutua antipatía es la sinceridad: esta bella sinceridad. Por eso quiero decirle que lo que hizo en el puente fué algo grande. Espero que lo terminará.

—Eso no lo dude.

—El Consejo de Administración le espera para tratar del asunto. Adiós.

Johnny echó una ojeada al interior de la habitación donde estaba reunido el Consejo de Administración y vió a Pop, a Joe y a Fog sentados cómodamente y saboreando unos aromáticos habanos. Parecía dispuesto a tratar con sus amigos de la terminación de las obras. Pero Maura adivinó su propósito, y convencida de que los amigos iban a enzarzarse en una larga discusión, se colgó del brazo de su marido, indicándole con la cabeza la puerta de salida.

—Espere, señora. No se lo lleve. Tenemos que hablar respecto al puente.

—Y yo respecto a nuestra luna de miel.

—Eso puede esperar. Nuestro puente...

—Lo siento, señor Mathews, pero el puente sí puede esperar. Nuestro viaje, no. ¡Adiós, señores!

Y dejando a los dignos representantes del Consejo con la boca abierta, Johnny y Maura se alejaron sonrientes, dispuestos a disfrutar plenamente de los beneficios de ese don tan inconsecuente y a la vez tan codiciado, que se llama felicidad.

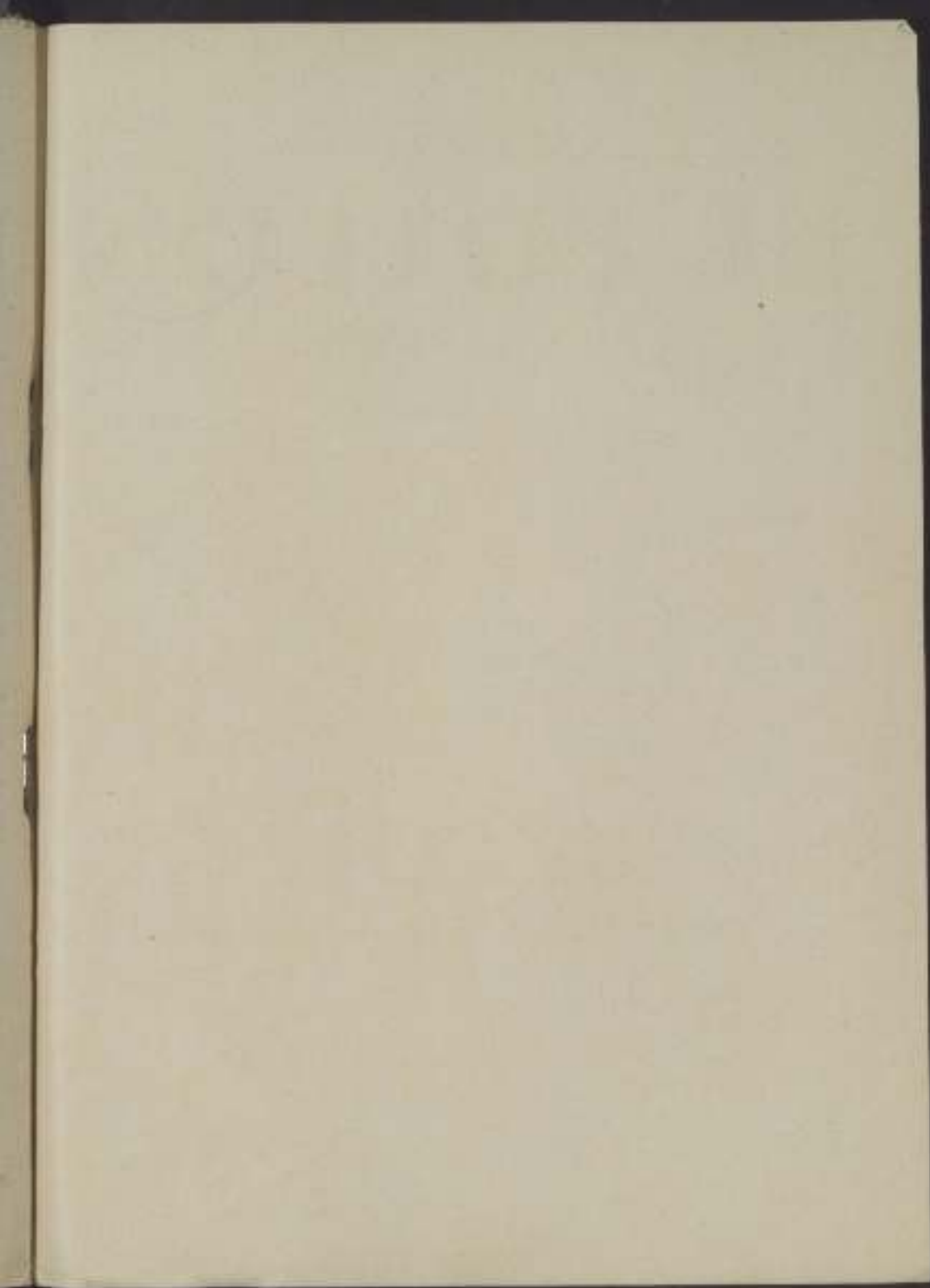
FIN

---

No deje usted de coleccionar los

## CANCIONEROS de JORGE NEGRETE

Canciones mexicanas . . . . .	1'— peseta
JORGE NEGRETE «Selecciones» . . . . .	1'— »
Creaciones de JORGE NEGRETE . . . . .	1'50 »
JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA . . . . .	1'50 »
JORGE NEGRETE sus nuevos éxitos . . . . .	1'50 »
JORGE NEGRETE, IRMA VILA Y TITO GUIZAR . . . . .	1'50 »



LEYENDO SIEMPRE EL FOLLON  
de risas darás un millón.

# EL FOLLON

La publicación de abracadabrante humorismo

Dibujantes: MONTAÑOLA  
MALLOL  
MESTRES  
JUAN DIEGO  
CEDO

## TÍTULOS:

Situación comprometida  
Delicadeza impropia  
"El Follón" estudiantil  
"El Follón" del estraperlo

# EL FOLLON

Eufórico y optimista, eminentemente  
descacharrante y de fina ironía,  
armará EL FOLLON padre

**DOS pesetas**

Si humor quieres tener  
EL FOLLON debes leer.

**4 ptas.**